

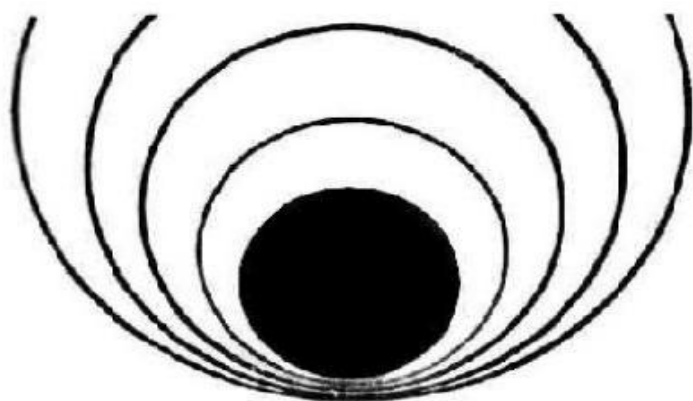
BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

AVENTURA PARA UNA ADOLESCENTE

Kelltom McIntire





PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BRAVO OESTE:

483 — La pista de los cien mil.

En Colección PUNTO ROJO:

983 — Un rasgo de humanidad.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.567 — Galería de la muerte.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

988 — Pasaporte al más allá.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

170 — Trampa en Apache Creek.

En Colección COLORADO:

949 — Whisky caliente.

En Colección KANSAS:

867 — El largo camino hasta Albuquerque.

KELLTOM McINTIRE

AVENTURA PARA UNA ADOLESCENTE

Colección PUNTO ROJO n.º 993
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02520-X
Deposito legal: B. 8.850-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: mayo, 1981

© Kellom McIntire - 1981
texto

© Antonio Bernal - 1981
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas
que aparecen en esta novela, así como las
situaciones de la misma, son fruto exclu-
sivamente de la imaginación del autor,
por lo que cualquier semejanza con per-
sonajes, entidades o hechos pasados o ac-
tuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Pasmaos! —dijo Paul, de sopetón, a la pandilla.

—Te lo prometo. Me pasmo —se burló Cheryl, dejándose caer aparatosamente sobre un cajón de madera de los que «amueblaban» el club.

Paul percibió que ocho rostros estaban pendientes de él. A pesar del tono irónico de la estilizada y «progre» Cheryl.

Decidió que la noticia que traía a la pandilla llevaba en sí suficiente dinamita como para permitirse una cierta dosis de guasa marchosa.

Por eso elevó los dos dedos de la mano derecha que sostenían su «porro» y chupó delicadamente dos o tres veces, consciente de la expectación que había provocado en el auditorio su tensa exclamación.

En total se reunían en el descarnado sótano del edificio en construcción (cuyos trabajos se habían abandonado dos años atrás), cinco muchachas y cuatro mozalbetes, incluyendo al divertido Paul.

El suelo estaba lleno de detritus de construcción, de forma que era muy irregular, formando pequeños montículos aquí y allá. Pero en el rincón, donde ahora se encontraba Paul en posición preeminente, habían cruzado dos gruesos tablones que formaban un ángulo donde cualquiera podía sentarse.

Pero Paul, para dominar al auditorio y atraer más aún la atención, se había subido sobre el banco.

—Vamos, revienta —le acució Pamela, aquella preciosa pelirroja de unos dieciséis años, cuyos incipientes senos comenzaban a insinuarse apenas bajo el tejido elástico de la camiseta azul con el círculo de la universidad de Iowa.

—Escupe —dijo expeditivamente Luke, sin abandonar la exigua colilla del porro que sostenía en el cono formado por su delgada mano izquierda.

—¡Vamos, ya! —dijo otro.

Paul terminó lentamente su cigarrillo de marihuana liado diestramente con papel de arroz robado al gordinflón de su padre.

—¡Me marchó! —anunció Matt, que era el más impaciente del grupo.

Sally le tiró de la corta manga del elástico suéter veraniego.

—¡Vamos ya, tío pesado! —le increpó.

Paul dejó escapar la colilla de su cigarrillo de marihuana.

Su mano quedó en el aire con un gesto teatral.

—Os comunico solemnemente, queridos troncos, que a partir de ahora vamos a nadar en *money*. Nada de suplicar a nuestros viejos que suelten uno o dos dólares, nada de realizar pequeños servicios remunerados, nada de robar pantalones tejanos en «Derrick's» para venderlos por cinco pavos. A partir de ahora dispondremos de *pasta gansa*[1] —declamó con el mejor de los tonos.

Entre la «panda» se elevó un revuelo regular.

—No entiendo nada —expresó la miope Gerry Braun, que había empeñado sus gafas de montura dorada como una docena de veces.

—Ni me cosco —insistió Cheryl.

—¿De dónde vamos a sacar la pasta, burro de Jericó? —cuestionó Luke, verdaderamente malhumorado por el protagonismo que Paul había conseguido con sólo unas cuantas palabras clave.

—¡Os lo diré... los lo diré! Pero calmaos. Vamos, sentaos, poneos cómodos todos. El motivo bien vale la pena. Sé que a partir de ahora todos nuestros apuros «*of money*» se han terminado. Para los restos [2].

Paul cruzó el pulgar e índice de la mano derecha formando una cruz, pronunció ininteligiblemente algo que sonaba como Nahuantabracadrapatitasdecabra, se rozó la frente y besó con toda unción los dedos cruzados.

Como si fuera una fórmula mágica y prometedora, todos los de la «panda» hicieron un gesto semejante.

Entonces Cheryl se puso falsamente seria. Y, puesta en pie, se inclinó respetuosamente ante el orador y dijo:

—Su Dinería tiene la palabra. Adelante.

Sonaron unas risas.

Pero Paul se esforzó en dominar aquella perturbación que él mismo había provocado con sus ademanes ampulosos.

Y hay que reconocer que lo consiguió. Porque el intranscendente Paul era muy peligroso cuando le atacaba la *neura*[3].

Extendió los brazos en un ademán apaciguador y la concurrencia se calmó. En realidad, todos estaban ansiosos por conocer la fuente del «*money*».

—¿Recordáis a Jenny «Pestañas» Williamson? —dijo—. Pues bien, acabo de verla. Hace muy poco, media hora, pizca más, pizca menos. Conducía un «Lamborghini» convertible, llevaba el pelo teñido de rubio-plata y vestía muy *chic*. Y algo más: aparte de lo que vale un automóvil como el que ella llevaba, os puedo asegurar que vi varias tumbalas[4] en sus dedos. Canela fina, cosa buena. También vi un collar en su cuello. No sé si eran perlas finas o cuestión de bisutería. Y cuando me vio, hundió el pie en el pedal del freno, estuvo a punto de llevarse por delante un taxi estacionado en «Moran's» y luego el coche

se detuvo ante mí.

La audiencia seguía sus palabras con toda atención. Narices dilatadas, labios entreabiertos, ojos atentos.

—Me habló. «Ah, el pequeño y aguerrido Paul», dijo, comiéndose las erres. Y me besó en ambas mejillas. «Ven a tomar conmigo un *cubata* en Moran's. Yo no sabía qué decir. Ese antro, todos lo conocéis, es demasiado caro para un tipo como yo. Pero bajó de su carro europeo con el empaque de una reina, y no tuve más remedio que seguirla».

¡*Troncos* [5], qué derroche! La vi de cerca. El vestido y las joyas que llevaba encima no valdrían menos de dos mil *pavos*. Me ofreció cigarrillos «Abdullahs» y pagó con un billete de cien. El camarero le preguntó si no tenía algo más pequeño y ella dijo que sí, que la uña del dedo meñique. Estaba triunfando y se le notaba. Disimuladamente, le eché una «*recalada*» a su bolso y vi un fajo de billetes grandes.

—¿Qué? —preguntó alguien, al borde del infarto.

—Le dije pues que bueno, chica, qué bien te va y todas esas cosas —siguió Paul, dueño de la atención general—. Y va y me dice: «Tú no sabes bien, *tronco*; ahora gano diez veces más que cuando me pervirtió la zorra de “*madame*” Evi Garrido. Y apenas tengo que molestarme, me tratan como una “*starlette*”, me sirven, me miman. ¡Soy una figura!». Os juro, *troncos*, que me quedé helado. Y además, que se le veía. Parecía más elegante, más fina, no sé, otra cosa. Y la *pasta*, que le sobraba. Como a mí no me gustaban sus cigarrillos, pidió a un camarero que le trajera un paquete de «Partagás-Special» ¡para mí! Y luego me metió en el bolsillo un billete de cien. «Para que invites a la *panda* a unas copas», dijo.

Con gran efectismo, Paul hizo descender su flaca mano izquierda al bolsillo delantero de su ceñidísimo pantalón tejano.

Con gran ostentación, desplegó ante el auditorio un billete de cien dólares.

Desde luego, su magistralmente lenta actuación fue premiada con un silbido colectivo.

—Así, que estáis invitados. Pero claro, cien pavos no duran toda la vida —filosofó Paul—. ¿Cómo creéis que se gana la vida Jenny «Pestañas»?

—Haciendo la *carrera* —dijo alguien.

—En la sauna finlandesa.

—¡No, no! —exclamó Paul, disgustado por la torpeza de sus *troncos*.

—Señorita de compañía. Entretenimiento de un señor mayor.

—*Lady* de una lesbiana —pronunció alguien, consciente del exotismo de aquel concepto.

—¡Frío, frío! —pronunciaba Paul, íntimamente divertido.

- ¿Modelo de modas?
- ¿Bibliotecaria?
- ¿Modelo para pintores?
- ¿*Call-girl*?

Paul se desesperaba. Las respuestas no llegaban a la solución.

—¡Ya lo sé! —chilló Cheryl, como quien hace un descubrimiento trascendental—. ¡Ha posado para «*Playboy*»!

Paul movió la cabeza de izquierda a derecha.

Su gesto podría traducirse por algo así como «la cosa comienza a calentarse».

—¡Hollywood! —chilló Pam.

El gesto de Paul decía que «¡caliente, caliente!».

Pero finalmente nadie acertó con la verdad escueta y fría.

Y Paul anunció el final del suspense elevando ambos brazos y rogando atención a la clientela.

—Lo que ella me ha dicho es esto: «Estoy haciendo cine *verité*» —confesó Paul—. Ya digo que yo tampoco estaba muy seguro de lo que significaba esto. Pero ella me dio una lección: es el cine que no se finge. Si un hombre y una mujer se acuestan, pues eso, hay que hacerlo todo, de verdad.

—¡Bah! —gritó alguien—. ¡Porno!

—Es posible —respondió Paul—. Aunque ella no le llama así. Lo cierto es que gana *pasta* a patadas. La prueba son estos cien pavos. Se desprendió de ellos como quien regala diez centavos. Y me dio una tarjeta. Dijo que muchos de nosotros seríamos admitidos en esos estudios, bien en calidad de extras o de actores, según nuestra capacidad. Pero el dinero está asegurado. Y otra cosa fenomenal, *troncos*: a veces se viaja por cuenta de la productora. Lo mismo te llevan a México, Panamá o Uruguay, como a las Hawái.

Agitó el billete de cien dólares en alto y pronunció tajantemente:

—Así que ya os digo, *troncos*: hay una pasta en perspectiva. El que quiera ganar dólares en cantidad, puede dirigirse a esta dirección. Por supuesto, yo soy el primer *menda* que se apunta. Quiero comprar un «carro» como el de Jenny. Estoy harto del barrio, de los viejos, de todo. Y la verdad, *troncos*, también estoy un poco harto de vosotros.

CAPÍTULO II

El furgón se detuvo en Magnolia Cross.

Un poco más allá había un puente sobre las vías férreas. Algunos vehículos, pocos, cruzaban de vez en cuando sobre el puente y se perdían en la distancia.

Todavía quedaba algo de luz diurna. Muy poco, porque el sol se había puesto veinte minutos antes. Pero el astro-rey reflejaba todavía un esplendor escarlata sobre los estratos nubosos que se veían hacia el poniente.

—Bien, todavía es pronto —dijo Eme—. Hay demasiada luz.

Era un hombre alto, grueso, muy corpulento.

Llevaba unas enormes gafas oscuras con esos cristales que parecen espejos, tan impenetrables que no permiten ver los ojos del que las lleva.

Aunque hacía calor, Eme llevaba un traje bien cortado, de fresca alpaca azul. Una tela que hacía aguas, es decir esos reflejos que en cierto modo recuerdan el tornasol.

También vestía corbata. Una corbata de bruñido color plata. Aunque Paul había advertido largo rato atrás que debía apretarle demasiado el cuello, porque Eme se llevaba nerviosamente una mano al nudo, quizá para aflojárselo un poco.

No figuraban muchas personas en el equipo móvil de filmación. El propio director, Eme. —Paul no sabía aún si éste era su nombre o, simplemente, su inicial—, la *script*, Lola, (tan caliente, que tanto se arribaba a Paul) y dos *cameramen*. Estaba, además, el conductor que era también el técnico en el manejo de aquellos focos de ultravioletas útiles para filmar con luz escasísima, según le habían explicado.

Dentro del furgón había un frigorífico lleno de bebidas frías. Paul, personalmente, prefería las bebidas flojas, como la cerveza, pero Lola —la «pechugona» y caliente Lola— le había servido durante el camino no menos de cuatro largos *whiskies* con hielo.

El furgón había salido del caminillo que partía de la carretera. Y ahora estaba detenido detrás de un matorral espeso.

—¿Repasamos el guion? —propuso Lola.

Debía tener unos cuarenta años, aunque el maquillaje, el cabello teñido, el escote amplísimo y la minifalda que mostraba generosamente los recios y redondos muslos... Todo eso la hacía parecer más joven.

Paul tomó el folleto.

Sabía a la perfección lo que decía allí:

«El puente estaba roto a quinientos metros. Jason (Paul) corría desesperadamente entre los dos carriles hacia el puente. Sabía que debía detener el expreso Pennsylvania-Chicago antes de que el convoy, en el que viajaban cuatro mil pasajeros, se precipitara al río.

Jason avanza hacia el puente de la carretera. Sabe que tiene que hacer señales al maquinista para que este logre frenar el expreso. Pero no tiene un farol o una linterna. Le quedan en el bolsillo algunas bengalas de Halloween. Y las enciende.

El convoy se precipita sobre él.

Jason salta desesperadamente entre los raíles con una bengala encendida en cada mano para hacerse notar por los ferroviarios.

Pero ya es demasiado tarde: a la salida del puente, la vía férrea describe una curva a la izquierda. El maquinista que conduce un convoy a cien kilómetros por hora, no ha tenido tiempo de verle.

El expreso se precipita sobre Jason y le arrolla...»

—Leámoslo juntos otra vez —propuso Lola con voz melosa.

Eme estaba en el otro extremo del furgón, charlando en voz baja con los técnicos. Nadie les veía.

Lola había tomado a Paul dulcemente y le había sentado sobre sus rotundos muslos.

Paul no podía centrar su mirada en el guion. Junto a su nariz estaban aquellos dos senos hinchidos, bronceados, temblorosos.

¡Y el perfume que exhalaba la piel de Lola...!

—Eres... eres magnífica —susurró con voz ronca, estrangulada por la emoción.

Lola le besó fugazmente en los labios. Y Paul se estremeció de deseo.

—Vamos, cariño. Un pequeño esfuerzo. Estudiemos juntos el guion —insistió ella.

Paul no miraba el guion. Veía los grandes ojos rasgados de Lola. Aquellos ojos donde latía el fuego y... la promesa.

—Lola, te quiero —dijo, tontamente.

—Y yo a ti, ¿qué te crees? He visto tus pruebas de filmación. Estás... hmmm, estupendo. Pero, cariño, el trabajo es el trabajo. Ya habrá tiempo de...

—¿Quieres decir que...?

Lola le abanicó con las largas pestañas. Postizas.

—Si tú ardes, yo me consumo, amor. Fuera del trabajo. Eme no es sino el hombre que me paga —dijo ardiente—. Pero yo tengo mis caprichos privados. Y tú eres uno de ellos.

A Paul se le traspasaron las carnes. Era mucha mujer Lola para un jovenzuelo como él, pero estaba dispuesto a atreverse.

—El guion, Paul.

—Sí. Veamos —y comenzó a releer lo que se sabía de memoria. De repente alzó la cabeza con un impulso excesivamente violento.

—Oye, Lola. Lo del tren...

—No podemos repetir la escena hasta la saciedad, Paul —le reconvinó ella—. Nos ha costado mucho tiempo y mucho dinero obtener los permisos para utilizar la vía férrea, poner ese viejo convoy en marcha y filmar la escena.

—Pero yo...

—Sólo tienes que saltar fuera cuando el tren se aproxime. Lo demás lo hacen los de «efectos especiales». Pero tienes que poner todo tu interés en dar veracidad a la escena. Ten en cuenta que van a estar tomándote dos cámaras al unísono —insistió Lola, enérgica—. La carrera, los movimientos, el rictus desesperado... En una palabra, Paul: todo lo que puede darte el espaldarazo como actor dentro de poco tiempo. No desaproveches esta ocasión. Todos no tienen la suerte de contar con una Lola que ha intercedido por ti. Y esto. —Lola bajó la voz hasta convertirla en un susurro íntimo— porque me gustaste desde el primer momento. ¿Me prometes que harás por mí todo lo que te he repetido?

El contacto con los brazos de Lola era electrizante. Paul prometió que sí, que haría todo lo que hiciese falta.

Había una cierta, recóndita preocupación, en el fondo de su subconsciente. Pero a flor de piel no sentía miedo, ni siquiera nerviosismo.

Claro que los *whiskies*... Y la presencia de Lola... ¡Qué diablos, Lola era mucha mujer! Paul se las arreglaba bien con las chicas de su panda, pero Lola era algo aparte. No se trataba de una niñata, sino de una mujer-total.

—¿Otro trago?

Lola le tendía un vaso ancho y corto, en cuyo fondo tintineaban dos cubitos de hielo. Lo cogió, sin más y bebió. Sentía arder la sangre en sus venas.

—Lola, estás riquísima —se atrevió a decir.

—Y tú —respondió ella, aunque algo distraída.

Eme se acercaba. Su pesada humanidad desplazó el aire al aproximarse.

—¿Todo bien, Paul? —preguntó.

El muchacho asintió, vaso en mano.

—Perfecto —siempre decía «perfecto»—. Las luces están situadas. En Cannon Docks sólo esperan nuestro aviso para que el tren se ponga en marcha. Bajemos.

Bajaron.

Paul buscaba la proximidad de Lola, que llevaba el guion en la

mano.

Al dar unos pasos en la oscuridad, Paul se sintió anormalmente pesado.

—Bebe eso. Tenemos que bajar a la vía —dijo Eme.

Apuró el *whisky* de un trago, como un hombre.

¿No había bebido demasiado para rodar una escena tan importante? Bueno, quizá un poco de más, pero Paul poseía facultades de sobra.

Dio un traspie al descender la aguda pendiente que llevaba a la vía, pero Eme le sostuvo fácilmente asíéndole de un brazo.

Arriba en la trinchera, los *cameramen* habían terminado de instalar focos y cámaras y sólo aguardaban el comienzo de la acción para filmar.

Lola se retrasó. Paul se sentía más seguro en presencia de la mujer, pero tampoco necesitaba una ama de cría.

Y ahora, precisamente ahora, no podía permitirse un fallo. Todo lo contrario, tendría que lucirse ante Lola, para después, cuando llegase el momento...

El puente estaba roto a quinientos metros...

A una señal de Eme, Paul se detuvo al borde de la vía.

—Lola, sube al furgón y envía la señal para que el tren abandone el apeadero de Cannon Docks —ordenó el director del filme.

Al ascender por la barrera, Lola movía las caderas de forma mareante. Paul pudo admirar sus maravillosas piernas hasta una altura inquietante.

Transcurrieron unos minutos. Se había hecho de noche.

Paul aguardaba un tanto nervioso.

«Jason (Paul) salta desesperadamente entre los raíles, con una bengala encendida en cada mano, para hacerse notar por los ferroviarios...»

Paul sabía que un viejo tren en desuso aparecería por la curva del puente de *Magnolia Cross*. Se trataba de un vetusto convoy que no podía rodar a más de treinta kilómetros por hora, aunque los teleobjetivos, los efectos especiales y otros trucos le imprimirían en la ficción una velocidad trepidante.

«Ya es demasiado tarde. El maquinista que conduce el convoy a cien kilómetros por hora no ha tenido tiempo de ver a Jason...»

Paul se agitó al escuchar un potente claxon. (Pero ¿no era demasiado potente y vibrante para corresponder a un viejo tren?).

—¡Atención ahora, Paul! —estaba gritando Eme—. El tren va a aparecer. Comienza a caminar por el borde de la vía... ¡Enciende las bengalas! Así. En cuanto veas aparecer el convoy, salta entre los raíles y corre hacia la locomotora. Tranquilízate: sólo serán precisos unos diez o doce segundos de filmación. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Crispa las facciones, grita, simula que estás aterrado. ¿Dispuesto?

Paul, que tenía una bengala encendida en cada mano, tragó saliva. Sólo consiguió asentir con el gesto.

A través de los raíles se transmitía una vibrante trepidación.

Eme tenía la mano derecha en alto, como los cronometradores que dan la señal de salida a los atletas.

Súbitamente gritó:

—¡Ahora! ¡Corre!

Y bajó la mano con un ademán enérgico.

«El expreso se precipita sobre Jason y le arrolla, destrozándole por completo, sus miembros, mutilados, aparecen regados a lo largo de doscientos metros de vía...»

Paul saltó desganadamente sobre la vía y comenzó a correr sin demasiado entusiasmo.

—¡Aprisa, más aprisa, demuestra que eres un verdadero actor! —le gritó Eme.

Paul apretó el paso.

Trató de recordar el guion:

«Con las facciones crispadas, los ojos desorbitados, las aletas de la nariz dilatadas, la boca entreabierta...».

Sintió una gran preocupación, temiendo que la filmación no saliera a gusto de Eme. Sobre todo, de Lola.

«El convoy corre a cien kilómetros por hora. Se aproxima a la curva...».

Sin dejar de galopar, Paul miró de reojo a la izquierda. Lola descendía, le animaba con el gesto, le enviaba un beso.

Avivó el ritmo de la marcha, procuró crispas sus facciones, abrió los labios con un rictus rebelde...

En aquel momento, el convoy apareció en la curva, lanzado a ciento diez kilómetros por hora.

«¡No se trata de un viejo armatoste!», pensó Paul, sorprendido.

En realidad, se trataba de una superlocomotora eléctrica, de quince mil caballos de potencia.

De repente, Paul comprendió que le habían engañado.

No iba a cobrar miles de dólares, no iba a tener a Lola, no se abriría camino en el cine, no...

El pánico le invadió. Era preciso evitar el peligro, saltar fuera de la vía.

Pero los potentísimos faros de la locomotora le cegaban, le impedían ver más allá de sus narices.

Las bengalas que llevaba en cada mano estallaron de pronto, al unísono, y el fuego abrasó sus manos.

Tropezó y cayó rodando sobre las traviesas de hormigón.

La locomotora se precipitó sobre él fulminante. Para entonces, el

maquinista había visto a Paul y reaccionaba rápidamente, oprimiendo los frenos.

—¡Ese loco...!

Pero un convoy de miles de toneladas no puede detenerse en seco, máxime si va lanzado a más de cien kilómetros por hora.

Verdaderamente, Paul no sufrió lo más mínimo. El fortísimo golpe contra la locomotora le arrebató la vida antes de que su cuerpo fuera despedido hacia adelante y las pesadas ruedas de acero tronzaron su cuerpo hasta convertirlo en una masa de pulpa sanguinolenta.

El convoy se detuvo doscientos metros más allá: una verdadera marca para el experimentado maquinista que lo conducía.

Pero muy cerca del puente de *Magnolia Cross*, Eme ayudaba a sus *cameramen* a recoger focos y cámaras.

Mucho antes de que los funcionarios del ferrocarril bajaran del convoy a examinar el lugar del accidente, el furgón de Eme había desaparecido.

CAPÍTULO III

La señora Hammond se sentía angustiada.

¿Qué era lo que le ocurría a su hijo Jack, aquel guapo muchacho rubio de poco más de veintidós años...?

Jack no probaba bocado desde que llegara de México, adonde había ido para gozar de una gira de diez días por el país vecino.

Cuando regresó, Jack no era el mismo.

Demacrado, ojeroso, Jack apenas había hecho unos simples comentarios sobre su gira por México.

Y lo cierto era que Jack había emprendido aquel viaje con ilusionado entusiasmo. Pero algo había cambiado en el interior de aquel guapo y atlético muchacho de saludable aspecto y eterna sonrisa en los labios.

La viuda Hammond se sentía muy orgullosa de su único hijo. Ella había trabajado duro en una fábrica de confecciones para sacar adelante a Jack.

El muchacho había terminado los estudios superiores con excelente aprovechamiento. Y al cabo se había decidido por estudiar una carrera: Derecho.

Los dos primeros años en Berkeley, Jack había superado los cursos correspondientes sin la menor dificultad.

—Y con notas brillantes —según aseguraba la señora Hammond a sus amigas.

Pero ahora, terminado el verano, Jack no demostraba el menor interés por continuar su carrera. Ciertamente su matrícula en Berkeley estaba abierta. Sólo tenía que tomar sus libros, su vieja motocicleta y acudir a las clases. Pero Jack no salía de casa.

Se pasaba las horas muertas en su cuarto. Cuando la señora Hammond regresaba a su casa —cumplida su dura jornada laboral—, encontraba a su hijo tumbado en la cama, hastiado y silencioso.

No había valido de nada intentar una explicación con el muchacho. Jack, sombrío, se encerraba en un lacónico:

—Son cosas mías, mamá. Tú no puedes hacer nada por arreglarlas.

Betsy Hammond había llorado, había suplicado.

—Me he sacrificado por ti, renuncié a intentar un segundo matrimonio, mi vida se reduce a trabajar y a cuidar esta casa. Todo lo he hecho por ti... ¿No crees que me debes una explicación?

La mirada de Jack se tornaba aún más sombría. Por lo común, solía girarse bruscamente en el lecho y ocultar la cabeza bajo la almohada.

Betsy se desesperaba.

El tiempo iba transcurriendo. Terminó septiembre y comenzó octubre. Habían pasado las dos primeras semanas del mes y Jack continuaba en la misma actitud.

«Debe tratarse de un desorden físico o psíquico», pensó la atribulada señora Hammond. Y ciertamente no se equivocaba.

Pero cuando propuso a su hijo una visita a su médico, Jack se negó tajantemente.

—¿Para qué? El médico no podría hacer nada por mí —fue la ambigua explicación.

Con ser grave la conducta de Jack Hammond, no era lo peor que apenas saliera de casa y se negara a asistir a la universidad.

Un día la señora Hammond descubrió que su hijo fumaba cigarrillos de marihuana.

—No es peligroso —dijo él—. Incluso algunos profesores de Berkeley fuman. La marihuana despeja mi cerebro y me permite evadirme.

¿Evadirse, huir...?

Pero ¿de qué, de quién? Se preguntó la atormentada madre.

Quizá la marihuana no fuera exactamente peligrosa. Pero Jack jamás había necesitado de aquellos incentivos para ser un muchacho lleno de vida y de buen humor.

Porque, verdaderamente, hasta el verano de aquel último año, Jack se merecía sobradamente el concepto de «buen muchacho».

Si su madre se había sacrificado por hacer de él un hombre cabal, Jack había respondido con voluntad y dedicación absoluta a los estudios.

No fumaba, no era bebedor.

Su única bebida era la Coca-Cola. Ni siquiera le apetecía la cerveza.

Pero ahora...

Botellas vacías de cerveza rodaban por toda la casa.

Jack bebía de la mañana a la noche, encerrado en su dormitorio lleno de humo, entregado a sus delirios o, ¿a sus remordimientos?

«Tal vez haya hecho algo que no esté bien», se dijo su madre.

Hacia finales de octubre, la cerveza era poco para Jack Hammond.

Una tarde, cuando Jack salió de casa, Betsy entró en el dormitorio de su hijo para poner un poco de orden en aquella abandonada «leonera». Y descubrió bajo la cama una botella vacía de *whisky* barato.

Coincidiendo con estas inquietantes nuevas, Betsy comprobó que su hijo apenas comía diariamente un bocadillo o un poco de ensalada. Una conducta absolutamente incongruente en un muchacho saludable, de dieciocho años apenas cumplidos.

Y luego...

Aquel sábado, de madrugada, Jack comenzó a dar terribles alaridos...

Betsy, asustada, consiguió abrir la puerta del dormitorio de su hijo.

A la luz de la lamparita de la mesilla de noche, vio a Jack que se revolcaba y gemía en el lecho.

Tenía un rictus de intenso dolor, de angustia suprema. Y el aire hedía literalmente a *whisky*: Betsy encontró otra botella vacía y una segunda, volcada, en la que apenas quedaba un sorbo de licor.

Sentada en el borde del lecho, la infeliz mujer trató de despertar y serenar a su hijo.

—¡Por favor, por favor, Jack! ¡Vuelve en ti, despierta!

Pero su hijo se zafó violentamente en los brazos de Betsy y, crispado y encogido sobre sí mismo, gimió:

—¡Dios mío, yo la maté, la... pulvericé!

Betsy se incorporó, aterrada.

Luego, era eso: no se había equivocado en sus augurios.

«Jack ha cometido un crimen», pensó.

¿Una muchacha, una joven como él?

Jack seguía agitándose en el lecho con furia incontenible.

—Sería mejor llamar al médico —murmuró Betsy, absolutamente desconcertada y dominada por intensa angustia.

Pero su instinto maternal se impuso.

—¡No! Jack podría hablar... aunque en estado inconsciente. Los médicos tienen la obligación de denunciar a sus pacientes a la policía, si sospechan que éstos han cometido un crimen. Y en ese caso...

Tenía que conducirse con cautela.

—Por nada del mundo permitiría que se pudriera en una prisión. Antes...

Su instinto maternal la cegaba. Podía aceptar que Jack hubiese cometido un homicidio, quizá arrastrado por una malsana pasión.

Pero...

—Mi hijo no irá a la cárcel. Todo puede arreglarse. Quizá si él hubiera sabido confiar en mí, yo...

Jack se debatía en un ataque de *delirium tremens*.

Al parecer, se había pasado la tarde fumando aquellos malolientes porros y bebiendo *whisky* puro. Los testigos estaban allí: las numerosas colillas y las dos botellas de licor, que impregnaban el aire de un aroma penetrante, acre y dulzón.

—Por favor, por favor, hijo mío —sollozaba Betsy, temiendo que su hijo pudiera lastimarse en uno de aquellos violentos actos salvajes.

Susurró tiernas palabras de amor maternal a su oído, tomó sus brazos bronceados, le acarició y mimó, como siempre había hecho.

Por un instante, Jack se serenó, pero de pronto su cuerpo se puso rígido como una ballesta de acero y se curvó con furia bestial.

—¡Noooo...! ¡El bazooka estaba...!

Betsy fue despedida contra la pared como si de una liviana muñeca de trapo se tratase.

El golpe fue tan fuerte que perdió instantáneamente el conocimiento y cayó pesadamente a tierra.

Pero su desvanecimiento fue momentáneo.

Al cabo de unos pocos segundos, dolorida y atontada, volvió a escuchar los alaridos de su hijo, que saltaba sobre el lecho como si una furia satánica se hubiera apoderado de su espíritu.

Betsy llegó a tener verdadero pánico aquella noche. Pero consiguió superarlo e incluso ayudar eficazmente a su hijo.

Se arrastró fuera del dormitorio y fue al lavabo.

Ante el espejo, comprobó que el golpe contra el muro le había reventado una ceja, de cuya brecha brotaba la sangre abundantemente.

La visión de la sangre aflojó sus rodillas. Pero se agarró al lavabo, buscó una compresa en el armario y se restañó la sangre valerosamente.

Quince minutos después volvía al dormitorio de su hijo.

Jack había destrozado la mesilla de noche y se revolcaba en las punzantes astillas.

—¡Dios mío, esto es superior a mis fuerzas! —gimió la pobre mujer al contemplar el dantesco cuadro.

En uno de sus violentos abscesos inconscientes, Jack había saltado de la cama y caído sobre la mesilla, que había reventado por completo.

La camisa del joven, completamente desgarrada, permitía ver su espalda arañada y ensangrentada.

Por un momento, Betsy Hammond dudó.

En su estado de furia incontenible, su hijo podía golpearla y destrozarla, pues Jack era un muchacho alto, atlético, muy fuerte.

Al cabo, él pareció serenarse.

Yacía sobre aquella mesa de astillas y sangre, cuando Betsy Hammond se inclinó sobre él y le ató los brazos a la espalda con una resistente cuerda de nylon de la que utilizaba para tender y secar la ropa.

Sin perder tiempo, la mujer hizo otro tanto con las piernas de su hijo, que ligó fuertemente entre sí.

Pero los espasmos volvieron y Jack volvió a agitarse como una fiera. Betsy le arrastró por los pies y le apartó de aquellas astillas punzantes que destrozaban los brazos y el pecho de su hijo.

Aguardó, con angustiosa tensión, a que Jack se calmase.

Cuando éste quedó inmóvil y jadeante, Betsy se inclinó amorosamente sobre él y empapó sus sienes con agua helada.

La toalla se tiñó de sangre, pero la señora Hammond, aunque suspirando y llorosa, no desmayó.

A lo largo de la madrugada, los espasmos salvajes del *delirium tremens* fueron cediendo en intensidad.

Cerca del amanecer, Betsy introdujo sus propios dedos en la boca de Jack y le obligó a vomitar.

No la obligó a retroceder el hedor nauseabundo y agrio de los vómitos.

Sacando fuerzas de flaqueza, logró colocar al corpulento Jack sobre el lecho. Luego fue a la cocina y volvió con un gran vaso de leche fría.

Jack, inconsciente, balbuceó algo sin sentido y se negó a tomar la leche. Pero Betsy, con infinito amor, insistió una y otra vez y al fin, el joven comenzó a tragar con avidez el fresco líquido.

Debió hacerle bien, porque se quedó inmóvil, yaciendo de costado y con la respiración más rítmica y lenta.

—Si hubieras confiado en mí... —susurró Betsy, amorosa.

Se sentía extenuada. A través de la cortina se vislumbraba ya el amanecer.

Betsy Hammond, incansable, no se detuvo hasta que las ropas del lecho estuvieron cambiadas, limpio el suelo de astillas y residuos y restañados los arañazos que su hijo se había infligido a sí mismo.

Después, aún volvió la mujer al dormitorio de su hijo.

Y entonces le oyó decir entre dientes:

—Eme, ese criminal... ¡Tengo que matarle, debo matarle!

Jack había pronunciado claramente aquellas palabras.

«Eme, ese criminal...».

Pero ¿quién era Eme?

Jack seguía hablando en su delirio.

A veces, sus palabras brotaban furiosas, farfullantes, ininteligibles. Pero en otras ocasiones, Betsy podía entender perfectamente lo que su hijo, en plena pesadilla, pronunciaba.

Sentada al borde del lecho, aguardó.

Ya se aproximaba el día y el cansancio la rendía.

Pero Jack seguía murmurando frases deshilvanadas, tensas, inquietantes.

—... imposible. Pero fui yo quien disparó el bazooka. ¡Y ella, pobre Pam!

Betsy escuchaba, en silencio.

Su cuerpo se había ido inclinando hasta descansar sobre la cama, rozando la cama, rozando la piel de Jack.

Unidas las cabezas de madre e hijo, ella aproximaba su oído a los labios de Jack.

—... ¡su cuerpo se deshizo en piltrafas! ¡Y yo, yo...!

El delirio de Jack duró muchas horas.

Por fortuna, era la mañana del domingo y la señora Hammond no había de preocuparse por tomar el autobús que le llevaría a la factoría de Brown Limited.

Oyendo a su hijo, poco a poco, con infinita paciencia, fue reconstruyendo la historia que justificaba el profundo cambio operado en su hijo.

Cuando los labios del joven enmudecieron, Betsy sabía que su hijo había matado a una muchacha de su misma edad.

CAPÍTULO IV

El microbús llegó a la plaza de Pequeño San Matías envuelto en una nube de polvo amarillento.

Ocho o diez jóvenes de ambos sexos descendieron alegremente del vehículo y penetraron en la fonda «La Alegre Castellana».

Sólo quedó un muchacho a bordo: Jack Hammond.

Se sentía hambriento. Y no sólo hambriento: sudoroso, impregnada su piel de la grasa del sudor y del polvo del camino.

Nada le hubiera gustado más que llegar a la «Alegre Castellana», darse una ducha fría, cambiarse de ropa y devorar uno de aquellos enormes chuletones que tan bien sabían preparar los mexicanos.

Pero sólo le quedaban unas cuantas monedas de diez centavos en el bolsillo. Las cosas son así, en todo el mundo: comer, vestir, incluso asearse... todo eso cuesta dinero.

Jack había partido de San Francisco con el dinero justo. Es decir, con muy poco dinero. Lo suficiente apenas para sufragar los gastos de viaje y pagar su comida.

Pero había hecho algunos gastos extraordinarios. Había comprado algunos *souvenirs* mexicanos, por ejemplo. Unas chucherías, dulces y un sombrero mexicano para su madre, todo lo cual había desequilibrado su aquilatado presupuesto para la gira a México.

Bien... A la mañana siguiente, emprenderían regreso a Estados Unidos. Por fortuna, el precio del viaje estaba pagado ya. Aquella noche, Jack dormiría en el propio microbús. A fin de cuentas, no le sería tan difícil resistir sin comer veinticuatro horas.

Mientras veía cómo sus compañeros desaparecían bajo las umbrías arcadas de acceso a la fonda, Jack se recriminó a sí mismo.

Pude pedir diez dólares prestados a Fred Morgan. Tiene suficiente dinero. Su padre es casi rico. Pero...

Era demasiado pudoroso Jack Hammond para pedir prestados unos dólares. No se trataba de soberbia, precisamente. Era la timidez propia de aquel que nunca ha nadado en la abundancia.

Y a fin de cuentas no era Jack el único que había gastado el dinero antes de tiempo. Pamela Davis, una guapa pelirroja de dieciséis años, con la que había intimado bastante a lo largo de los nueve días de gira, se encontraba en sus mismas condiciones.

Sólo que Pam Davis era otra cosa. Alegre, extrovertida, despreocupada, le bastaba decir con un gracioso encogimiento de

hombros:

—Chicos, me he quedado sin pasta. ¿Hay alguien que pueda prestarme dinero para un «bocata»?

Y enseguida había alguien que le dejaba uno o dos dólares.

«No es tan malo ayunar —pensaba Jack, recostado en su asiento y con los pies apoyados en su macuto—. Al fin y al cabo, las comidas mexicanas engordan demasiado...»

A través de la ventanilla abierta penetraba un inquietante aroma a enchiladas y chuletones guisados con chiles.

Jack tragó saliva. Para distraerse, echó una detenida ojeada al «Cadillac» estacionado en la plaza de Pequeño San Matías.

Un poco más allá, había un gran furgón rojo. En su costado podía leerse con grandes caracteres dorados: EME FILMS COMPANY.

¿Una productora cinematográfica que rodaba exteriores en México?

Bajo el arco de la entrada de la fonda apareció una radiante Pam Davis que corrió hacia el microbús turístico y se aproximó a Jack.

—¿Qué haces ahí? ¡Vamos baja! —gritó. Y añadió en un susurro —: Pásmate, hay un mecenas americano que está dispuesto a invitarnos a todos a comer. ¿Ves aquel «Cadillac» y el gran furgón rojo? Son suyos, debe ser un ricacho podrido de dinero.

Jack asintió con un gesto dubitativo.

—¿Qué esperas? ¡Vamos! Le hemos hablado de ti. Si no vienes, le harás un desaire —insistió, Pam, gozosa.

—¿Cómo se llama ese... mecenas? —preguntó Jack, aspirando el aroma a comida que penetraba por la abierta ventanilla.

—¡Quién lo sabe! ¡Todos le llaman Eme!

Jack bajó del vehículo y siguió a Pam.

Dentro de «La Alegre Castellana» la temperatura era agradablemente fresca. En un comedor próximo, los jóvenes turistas norteamericanos se lanzaban alegremente sobre los platos rebosantes de riquísimas viandas mexicanas. Había botellas de excelente vino y también de cerveza, y fuentes llenas de frutas exóticas por doquier.

Jack vio enseguida a Eme. Su abundante humanidad se destacaba poderosamente en medio los estilizados cuerpos de los adolescentes de ambos sexos.

—Debe pesar más de ciento cincuenta kilos —calculó Jack, contemplando con curiosidad al extraño individuo.

Extraño. Porque a pesar de los cuarenta y dos grados de temperatura de aquel día, Eme vestía un correctísimo y amplio traje de alpaca azul. Y no sólo esto: usaba corbata de ancho nudo, sombrero y gafas de sol.

Pam dijo:

—Éste es Jack.

Y Eme le tendió una mano gordísima y húmeda. Le invitó a sentarse con un gesto amable y una sonrisa en sus labios gruesos, rezumantes de la grasa del asado que estaba comiendo.

Jack se sentó. Alguien puso delante de él un gran plato de carne asada con patatas y una salsa oscura que exhalaba un aroma embriagador.

Comió. Comió abundantemente, con apetito desbordado. E incluso bebió una cerveza, puesto que no logró hallar una Coca-Cola sobre la mesa.

Sus compañeros de viaje daban muestras de una alegría desbordante. Tan desbordante como su interés por Eme, que estaba hablando acerca de cosas relacionadas con su trabajo de director de cine.

—... el muy bandido, se ha marchado sin avisar. Imagino que todo se debió a la borrachera y la ingestión de esos misteriosos hongos mexicanos, que algunos tachan de poseer poderes alucinógenos — estaba diciendo en medio de la atención general—. Por desgracia, Perkins no se fue solo: se llevó con él a Ariadne Waynes, la protagonista femenina del filme que estamos rodando en un llano llamado Páramo Negro, a unos cuarenta kilómetros de aquí. Naturalmente, tendré que buscar actores que les reemplacen, pero no sé cómo...

Se interrumpió vivamente y se quedó mirando a Jack.

—¿Cómo dijiste que se llamaba, John? —preguntó a Pamela, que se encontraba a su lado. La muchacha le rectificó: «Jack»—. ¡Ah, Jack! ¿No es milagroso? —exclamó, pasmado de asombro—. ¡Ruddy Perkins y tú os parecéis el uno al otro como dos gotas de agua!

Jack se agitó, inquieto, en su silla. Le molestaban aquellos ojos de Eme, mirándole fijamente a través de las gafas de cristales espejeantes, insondables.

—¡Incluso Pamela! —añadió Eme, como quien acaba de hacer un descubrimiento inaudito—. También tú te pareces prodigiosamente a Ariadne Waynes... Aunque, déjame estudiar tus facciones —la mano gordezuela de Eme tomaba a Pam por la barbilla—. Bueno, quizá haya que retocar tus rasgos, pero el maquillaje lo puede todo. Se obtienen resultados mágicos.

—Entonces, ¿usted cree que...? —exclamó Pamela con gran avidez.

—Bueno, a ti y a Jack podríamos haceros una prueba. Si me convencen, habríais resuelto mi problema. Por fortuna, sólo quedan por rodar algunas secuencias de exteriores. Por supuesto, no pretendo que hagáis ese trabajo gratis, sólo porque os he invitado a comer.

—¿Cuánto cobraríamos? —preguntó Jack, atento.

—Tres mil dólares, cada uno.

—Pero...

—Lo sé. Pam dice que debéis emprender el camino de regreso mañana a mediodía. Bien, eso no alterará mis planes para con vosotros, pues las secuencias que faltan por rodar no exigen más de seis u ocho horas —le atajó Eme—. Yo y mis técnicos nos marchamos a Páramo Negro dentro de media hora. Si estáis de acuerdo, firmaréis un contrato y os entregaré la mitad del dinero. El resto, mañana, en cuanto se haya terminado el rodaje. ¿Qué os parece?

A Pam le relucían los ojos de pura excitación.

—¡Tres mil dólares, Jack! —exclamó nerviosa—. ¿Qué piensas hacer?

—Aceptar —respondió el muchacho.

Era una película de tema bélico, basada en sucesos ocurridos durante la guerra mundial.

El guion que le había entregado Lola decía literalmente:

«Larry Barton, jefe del comando que debe destruir el puente de Heinermann, acaba de ser herido por una ráfaga de metralleta.

Casi desangrado, Barton (Jack Hammond) se arrastra por el páramo, alejándose de los efectos de la potentísima explosión que arrasará el puente de Heinermann.

Es el único superviviente de la intentona. Sabe que sus amigos le acosarán como a una fiera cuando se oiga la explosión. Pero Barton (Hammond) dispone de un bazooka y varias granadas.

Alejándose del río, Barton va dejando un claro reguero de sangre de su pierna izquierda destrozada.

Se detiene, exhausto, y se introduce en el agujero abierto por un obús. Advierte entonces que alguien sigue su rastro. Se trata de un soldado enemigo, sumamente ágil, que salta de matorral en matorral con una metralleta en las manos.

Barton sonríe ferozmente y carga su bazooka. Va a morir, probablemente, pero antes se deshará de su implacable seguidor. Está absolutamente decidido a morir matando. Sólo tiene un pesar: no volver a ver a Herta, la rubia mujer a la que ama por encima de cualquier razonamiento, pues ella se encuentra en el bando contrario.

El bazooka está dispuesto. Tensas las manos. Barton apoya un crispado dedo sobre el disparador eléctrico.

Advierde un movimiento sospechoso en el matorral próximo. Oye un alarido salvaje. Su enemigo corre hacia él, disparando su metralleta.

Barton oprime el disparador del bazooka y la granada alcanza a su enemigo, al que la explosión parte literalmente por la mitad... Sólo en aquel momento, Barton reconoce a Herta...»

—¿Ya? —preguntó Lola, acercándose.

Jack se volvió, disgustado.

Por alguna extraña razón, le disgustaban los constantes halagos y atenciones de aquella atractiva mujer de rasgos latinos.

—Sí. Creo que he logrado memorizarlo —respondió el muchacho lacónicamente.

—Muy bien —los grandes y redondos senos de la mujer destacaban agresivamente bajo la fina blusa transparente—. Todo está dispuesto para la filmación. Acércate, quiero echar una ojeada a tu maquillaje.

Los pechos de la mujer rozaron el rostro embadurnado de Jack. Aunque aquella mujer repelía, un inquietante cosquilleo erótico recorrió el cuerpo del muchacho.

—Perfecto —aprobó Lola, brillantes los felinos ojos—. Coge el bazooka y ve a tu puesto. Eme dará la orden de empezar en cuanto estés dispuesto.

Jack se puso en pie y cargó con el liviano Bazooka, cuyo funcionamiento le había enseñado el propio Eme.

Por supuesto, las granadas del bazooka eran inofensivas. Jack había disparado varias veces y había comprobado que del largo tubo metálico no salía otra cosa que una llamarada seguida de una fuerte detonación.

Mientras caminaba hacia el desmonte, Jack dirigió una mirada a derecha e izquierda, donde estaban montadas las cámaras.

A veinte metros de distancia cómodamente instalado bajo un sombrajo, se encontraba Eme. Y junto a él, la guapa y animosa Pam Davis que, vistiendo un uniforme alemán, interpretaría el papel de Herta.

Llegado al desmonte, Jack se dejó caer lentamente a tierra tal como le habían indicado.

A través del megáfono, le llegó la voz del director:

—¡Atención! ¡Focos, sonido... acción! ¡Se rueda!

«Casi desangrado, Barton se arrastraba por el páramo...»

Jack oprimió entre sus piernas la bolsa de sangre artificial que habría de empapar su pantalón y dejar un reguero sangriento en pos de él.

«Se detiene exhausto, y se introduce en el agujero abierto por un obús. Advierte entonces que alguien sigue su rastro...»

Por el rabillo del ojo, Jack comprobó que un cámara se desplazaba por el carril del *travelling* dispuesto sobre el árido suelo. Un momento después, Pam (Herta) abandonaba el sombrajo e iba a ocupar su posición tras un matorral.

«Se trata de un soldado enemigo, sumamente ágil, que salta de matorral en matorral con una metralleta en las manos...»

Jack acaba de meterse en el embudo del impacto de obús (él

mismo había ayudado a prepararlo, aquella mañana) y disponía el bazooka al borde del agujero.

«Advierte un movimiento sospechoso en el matorral próximo. Oye un alarido salvaje. Su enemigo corre hacia él, disparando su metralleta...»

Pam venía lanzada hacia el agujero, galopando en zigzag y apretando convulsivamente su arma automática.

«Barton oprime el disparador del bazooka y la granada alcanza a su enemigo, al que la explosión parte literalmente por la mitad...»

Jack acababa de disparar, después de tomar puntería.

Resonó el «flaag» de la granada hendiendo el aire.

El cuerpo de Pam Davis reventó literalmente.

Aterrado, Jack vio cómo se desgajaban sus brazos, se hendía su cintura por la mitad y la pelirroja cabeza era arrancada bestialmente del tronco.

—¿Qué... cómo es...? —balbució, despavorido.

La revelación llegó a él instantáneamente.

—Me han engañado. La granada no era inofensiva. El bazooka estaba cargado. ¡He matado a Pam, la he destrozado, la he pulverizado!

A quince metros de distancia, los restos de la infeliz muchacha regaban el páramo en una gran extensión.

Una de las cámaras recogía lentamente esta escalofriante escena.

La otra, rodando sobre el «*travelling*», se aproximaba para tomar la expresión horrorizada de Jack Hammond, quien, dominado por el pánico, crispaba sus facciones en un rictus de profunda sorpresa y terror.

Al cabo de un minuto, se oyó la voz de Eme:

—¡Corten...!

Jack creía estar soñando. Pero lo que acababa de suceder era absolutamente real.

CAPÍTULO V

Uno por uno, los chicos y chicas de la *panda* fueron llegando silenciosamente al «club» del sótano.

El grupo se había reducido: de los nueve que habían compuesto la panda faltaban ahora Su Dinería (Paul Martyn) y la pelirroja Pam Davis.

Sólo quedaban, pues, tres muchachos. —Luke, Matt y Bob— y cuatro chicas: Cheryl, Sally, Dely y Gerry.

Con acostumbrada formalidad, todos fueron ocupando un lugar en el banco de tablones. Y al cabo de unos segundos de embarazoso silencio, todos concentraron su atención en Dely Castro.

Dely hubiera sido la modelo soñada por el más famoso modisto. Delgada, estilizada, de cintura cimbreante y piernas largas, su cuerpo era el más apropiado para lucir modelos de a costura.

Quizá su rostro resultara un poco alargado y sus ojos excesivamente grandes, pero su corta melena rubia formaba un conjunto muy atractivo con el resto de sus facciones.

Dely no demostraba el menor interés por pasar modelitos en una pista elevada. Por el contrario, desempeñaba con facilidad un puesto de secretaria en una empresa de construcciones metálicas.

De todas las muchachas de la *panda*, quizá fuera Dely Castro la más tímida, aunque verdaderamente su carácter no fuera huraño precisamente, sino más bien un poco reservado.

—Bueno, revienta de una maldita vez —rompió el silencio la miope Gerry Brown, que había logrado desempeñar sus lentes de gruesos cristales.

—¿A qué viene tanta solemnidad? —chilló Cheryl—. ¡Esto parece un entierro de tercera!

Pero Dely les impuso silencio con un gesto.

—Quizá tengas razón, Cheryl, y no se trate de otra cosa que de un funeral —pronunció lentamente—. ¿O es que ya habéis olvidado a nuestro amigo Paul Martyn?

Una oleada de emoción recorrió a los siete miembros de la panda.

—¡Pobre Paul! —clamó, sinceramente impresionada, la pequeña Gerry—. Todavía no he logrado explicarme qué hacía en la vía férrea cuando una locomotora le atropelló en *Magnolia Cross*. Fue un desgraciado accidente. Al parecer, se emborrachó. Según leí en los periódicos, se había drogado a conciencia...

—Todos estábamos de vacaciones cuando sucedió el accidente —intervino Luke—. Ahora, creo que deberíamos «escotar» para llevarle al cementerio una corona de flores.

La moción fue acogida con emocionado entusiasmo. Verdaderamente, ninguno de ellos podría olvidar al simpatiquísimo y marchoso Paul Martyn.

Pero Dely Castro logró atraer la atención de todos con sus siguientes palabras.

—Creo que podríamos hacer mucho más que llevarle una corona de flores a la tumba. Por ejemplo: podríamos desenmascarar a los que lo asesinaron...

Una corriente de viento helado azotó las descarnadas paredes del sótano.

—¿Qué has dicho? —chillaron al unísono Luke Simmons y Matt Dickory.

Dos lágrimas resbalaron por las mejillas de Dely Castro.

—Paul no murió accidentalmente. Le mataron. Fue un asesinato frío, premeditado, irracional —sollozó.

Los integrantes de la panda perdieron el aliento.

—Explícate —pidió Gerry Brown, parpadeando sin cesar.

Dely sacó un pañuelito y se secó los ojos.

—Todos sabéis el itinerario de mis vacaciones: Marruecos. Argelia y otros países árabes. Cuando se aproximaba el final de mis vacaciones, varios jóvenes asistimos a una sesión privada de cine en un hotel de Tawaoolah, una próspera y moderna ciudad al borde del desierto. Nos había invitado un personaje local, un potentado del petróleo. Yo imaginé que se trataría de un filme pornográfico, de los que tanto gustan a los millonarios árabes en la intimidad de sus palacios. Pero me equivoqué —declaró Dely—. Se trataba, en realidad, de una película de cine sádico.

—¿Recordáis que Paul se sentía muy ilusionado con hacer cine, después de su encuentro con Jenny «Pestañas» Williamson? —preguntó.

Y los de la panda asintieron con mudo interés.

—Súbitamente, le reconocí en la secuencia en la que el expreso lanzado a toda velocidad arrollaba a un joven que corría entre los raíles. Os lo juro —los labios de Dely se agitaron, temblorosos—, sentí un estremecimiento de horror al reconocer a Paul. ¡Era él, sin lugar a dudas! Ante mis aterrorizados ojos, la locomotora le atropelló y despedazó sobre los raíles...

Un sollozo profundo surgió de lo más hondo del juvenil pecho de Dely Castro.

—Eso era lo que él llamaba cine «*verité*». Le engañaron con el señuelo del dinero ganado fácilmente. Le atrajeron a una trampa

mortal, ¿comprendéis?

Durante unos segundos, en el sótano sólo se oyeron los gemidos estrangulados de Dely Castro.

Al fin, Matt Dickorv se decidió a hablar.

—¿Estás segura de no equivocarte? Cometer un asesinato para rodar un filme con verismo me parece excesivo. Es posible que Paul rodase esa escena, pero la locomotora sólo debió destrozar un pelele con apariencia de hombre... —dijo.

Dely le miró con expresión grave.

—Vi la película tres veces, hasta que nuestro anfitrión se cansó de mi insistencia. Hubiera dado todo lo que tengo por obtener una copia de esa película, o al menos la secuencia en la que Paul...

Calló, y sus sollozos estrangulados impresionaron profundamente a sus camaradas.

—Estoy segura de lo que digo —dijo Dely, cuando recuperó un poco de serenidad—. Yo admiraba a Paul. No sé exactamente si era amor lo que sentía por él. Pero le conocía bien y sé que no me equivoco. Por otra parte, la secuencia era la misma, desde que Paul comenzaba a correr por las vías hasta que la locomotora le alcanzó con violencia terrible, le lanzó brutalmente adelante y le... le...

Cheryl, Gerry y Sally tuvieron que rodearla de cariño y comprensión para conseguir que Dely se tranquilizase un tanto.

Y luego...

—Por eso os cité aquí. ¿No habéis notado algo anormal? Inconscientemente, hemos dejado de reunirnos. Es como si temiéramos algo en el fondo de nuestras mentes, ¿no? —trató de explicarse—. Como sí, de alguna forma, intuyéramos el peligro.

Alguien puso un cigarrillo rubio en sus manos. Dely no fumaba apenas y al inhalar el humo comenzó a toser desafortadamente.

Al fin, pudo hablar de nuevo:

—¿Y Pam, Pam Davis? Falta desde el principio del verano. Recordad: ella se mostraba tan animada como Paul. Tenía vocación de estrella, le gustaba posar, pavonearse, maquillarse... a pesar de sus dieciséis años. Ninguno de nosotros la ha vuelto a ver. Yo fui a ver a sus padres y me contaron la historia.

—¿Qué historia?

—Pam fue a México por diez días en compañía de otros jóvenes de su edad. No volvió de allí. Sus padres denunciaron su desaparición a la policía, pero Pam no ha sido encontrada. Mucho me temo que haya hallado una muerte semejante a la de Paul —pronunció Dely.

Los jóvenes de la panda callaron, profundamente impresionados por la declaración de Dely.

Inquietos se miraron los unos a los otros, como si quisieran asegurarse de que lo que contaba Dely no era pura fantasía.

Sin embargo, todos sabían que Dely Castro era la muchacha más equilibrada del grupo.

—Hasta ahora, nos hemos conducido como chiquillos irresponsables. Nuestra rebeldía era para nosotros sinónimo de libertad —añadió Dely, pensativa—. Pero mucho me temo que no hayamos hecho otra cosa que farolear y fantasear peligrosamente.

—¿Qué quieres decir? —habló la miope Gerry Brown.

—Debiéramos hacer algo, demostrar que somos conscientes —respondió Dely—. Tengo la intuición de que a Pam Davis le ha ocurrido algo irreparable. Y me propongo investigar por mi cuenta. ¿Hay alguien que esté dispuesto a ayudarme?

Todos los de la panda asintieron con silencioso gesto.

* * *

El próximo fin de semana, Dely Castro y sus seis camaradas atravesaron la frontera mexicana a bordo de una vieja furgoneta alquilada.

Dely se había movido aprisa.

Discretamente, había averiguado que Pam Davis se había trasladado a México en el mes de junio pasado. El *tour* había sido organizado por una pequeña empresa de turismo llamada Transamérica Tourist Co.

También había conseguido una lista con los nombres de los jóvenes que integraban la gira.

—Tuvimos que partir de Pequeño San Matías sin una jovencita. Pamela Davis —había declarado el conductor del microbús—. Llegó la hora de partir y Pam no se presentó. Pero también faltaba un muchacho, Jack Hammond. Les aguardamos durante tres horas. Hammond se presentó cuando nos disponíamos a partir. Tenía un aspecto increíblemente sucio y descuidado. Me dio la impresión de que se había emborrachado o drogado. Dijo que no sabía nada acerca de Pam Davis, por lo que me vi obligado a volver a nuestro país, Ed Hall, el conductor del microbús, aludió de pasada al almuerzo ofrecido a los chicos por un director de cine norteamericano.

Dely se sintió profundamente interesada por todo lo relacionado con aquel individuo.

Aquel mediodía, Dely y sus camaradas almorzaron en el mismo restaurante donde habían comido Jack Hammond y Pam Davis.

Sus discretas investigaciones les llevaron hasta el árido llano denominado Páramo Negro. Pero allí no quedaba rastro del paso del equipo cinematográfico, por lo que decidieron volver a Estados Unidos esa misma tarde.

A Dely le hubiera gustado ponerse al habla con Jack Hammond, pero desgraciadamente éste había cambiado de domicilio un par de meses antes, sin dejar rastro.

Después de celebrar una larga asamblea en el «club» del sótano, decidieron que lo más aconsejable era establecer contacto con Jenny «Pestañas» Williamson.

—Estoy segura de que nuestra «estrella» sólo es un gancho de esos criminales —dijo Dely, pensativa—. ¿Cómo dijo Paul que se llamaba el club donde ella le invitó?

—«Moran's» —se apresuró a responder Luke Simmons—. Si quieres, yo me ocuparé de ese trabajo.

—Muy bien. Pero obra con cautela —recomendó Dely.

La «asamblea» se disolvió hasta la tarde del día siguiente, en que volverían a reunirse en el sótano.

Pero la reunión prevista no llegó a celebrarse. Porque a la mañana siguiente, el cadáver de Luke Simmons, de diecisiete años, apareció flotando en la bahía.

Unos pescadores recogieron en su red el cadáver carbonizado del pecoso Luke:

CAPÍTULO VI

Dely llevaba una semana sin acudir a su trabajo.

Encerrada en su habitación, dominada por el pánico, Dely era incapaz de reaccionar.

Para justificar su falta de asistencia al trabajo, Dely había invocado un malestar propio del sexo femenino: una dismenorrea muy dolorosa.

Pero lo cierto es que su enfermedad tenía otro nombre: miedo.

Desde que conociera la noticia del hallazgo del cadáver de Luke Simmons, Dely vivía atosigada por la angustia.

Saltaba sobre el lecho cada vez que sonaba el timbre de la puerta y se estremecía de espanto cuando escuchaba la voz de algún desconocido que visitaba a su padre.

Por lo demás, tampoco sus padres se sentían muy tranquilos. Anthony Castro explotaba un bar, situado en la planta baja del mismo edificio donde vivía la familia. Noches atrás, unos ladrones habían forzado la puerta del negocio, descerrajado y desvalijado una máquina tragaperras del tipo «cascada» y robado diversas existencias.

Anthony Castro —que madrugaba mucho para abrir temprano su negocio—, había estado a punto de tropezarse con los ladrones y la posibilidad de que pudiera volver a ocurrir un incidente tan peligroso le intranquilizaba, lógicamente.

Eran las doce de la noche. A principios de noviembre, llovía intensamente y la temperatura había descendido con excesiva brusquedad.

Anthony Castro y su esposa. Geny, se habían acostado largo rato atrás. También dormía ya la pequeña Tony Castro, de siete años. Sólo velaban, Francis, el único hijo varón del matrimonio, que iba retrasado en los estudios y repasaba las lecciones del día siguiente en su dormitorio, y Dely, que leía un libro escrito por un lama tibetano. Historias de Rampa.

Verdaderamente, los ojos azules de Dely recorrían las líneas de cada página sin comprender el significado de las frases. Su pensamiento estaba muy lejos de allí.

En aquel momento se oyó el zumbido prolongado del timbre de la puerta de entrada.

Dely brincó materialmente sobre el lecho y el corazón se le subió a la garganta.

Luke debió hablar, antes de morir. Probablemente, dio nuestros nombres a esos asesinos. ¡Y ahora...!

Encogida sobre sí misma, aguardó.

Oyó los renegos de su padre, que abandonaba el lecho y se dirigía al pasillo.

Anthony Castro no disponía de un arma de fuego, pero detrás de la puerta tenía colgado un grueso palo de algo más de medio metro terminado en un pincho aguzado. Un arma fácil de fabricar, pero muy peligrosa.

Embutido en su batín, lo primero que hizo fue descolgar aquella especie de rudimentaria lanza.

Su desconfianza estaba justificada. En los últimos meses, se había observado un recrudecimiento de los actos delictivos perpetrados por los jóvenes delincuentes, que no se detenían ante la posibilidad de atracar un piso con sus habitantes dentro.

—¿Quién es? —preguntó, sin descorrer el cerrojo.

Y atisbo a través de la mirilla.

Vio un rostro juvenil, bronceado, perfectamente rasurado, de facciones regulares y atractivas. Y oyó la voz del visitante.

—¿Señor Castro? Soy Cameron Brown, oficial de la Brigada Anti-Crimen. Voy a mostrarle mi documentación.

Anthony Castro no podía leer sin gafas, que no tenía a mano. Y mucho menos a través del cristal de la mirilla.

Tras una cierta vacilación, se decidió a abrir. Y la razón que le impulsó a ello fue, simplemente, contemplar aquellas juveniles y abiertas facciones que inspiraban confianza.

El hombre que aguardaba en el descansillo era muy joven, de unos veintiséis años de edad. Era muy moreno y sus bien peinados cabellos negros brillaban con menudas gotitas de lluvia recién caída. Vestía un chaquetón de cuero y pantalones grises muy bien cortados.

Tras la larga observación del desconocido. —Castro no había soltado su pincho—, exhaló el aire contenido en sus pulmones y dijo:

—Bien, usted dirá. Como comprenderá, una visita a estas horas...

Una sonrisa luminosa distinguió las varoniles facciones de Cameron Brown.

—Lo entiendo perfectamente, señor Castro, ¿puedo pasar?

Anthony se hizo a un lado y le dejó entrar. Después colgó el pincho tras la puerta y cerró ésta.

—Discúlpeme —estaba diciendo el policía—. Lamento haberle hecho saltar de la cama, según veo. En realidad, no es a usted a quién quería ver, sino a su hija.

—¿Mi hija? —se inquietó Anthony, que pronunciaba torpemente con su boca desdentada (acababan de extraerle los últimos dientes para colocarle una dentadura completa, postiza, naturalmente)—.

¿Por qué, para qué? ¿Es que acaso, Dely...?

—Tranquilícese. Sólo quería hacerle unas preguntas. Mi hermana menor, Gerry Brown, es amiga de su hija. Pero quizá sea mejor que vuelva mañana...

«Sí, quizá sería mejor», pensó Anthony.

Pero en ese momento se abrió una puerta y apareció Dely.

Vestía una fina bata que se ceñía perfectamente a su estilizada silueta y se había atusado apresuradamente su corta cabellera rubia.

Al sentirse intensamente examinada por el atractivo joven que aguardaba en pie en el saloncito, Dely se ruborizó.

—¿Dely? —preguntó él, cordial—. Soy Cameron Brown. ¿Podríamos hablar un momento?

—Síntese, por favor —invitó la joven. Y dirigió una rápida mirada de reproche a su padre—. Hace frío, le serviré una copa. ¿Brandy?

—Sí, gracias —asintió él, con una sonrisa que inspiraba confianza—. Verdaderamente, tenemos un tiempo muy despacible.

—Vete a acostar, papá —aconsejó Dely—. Este hombre es hermano de Gerry Brown, tú conoces a mi amiga —puso la copa de *brandy* ante el policía y disculpó a su padre—: Papá madruga demasiado, por eso se mete temprano en la cama.

—Está bien. Buenas noches —murmuró Anthony, todavía receloso. Y se alejó.

Dely enchufó un panel radiante y se sentó frente a Cameron Brown.

—¿De qué se trata? —inquirió expectante.

Apenas podía disimular la impresión que le había producido la presencia de aquel atlético y agradable muchacho llamado Cameron Brown.

«¡Qué callado se lo tenía la pequeña Gerry!», pensó. Pero interrumpió bruscamente sus pensamientos cuando Brown dijo:

—Gerry me habló de Luke Simmons.

Dely palideció.

—No estoy aquí oficialmente —la tranquilizó el policía—. Aunque quiero adelantarte que formo parte del equipo que investiga las causas de su muerte —la tuteó como la cosa más normal del mundo—. Y ahora me gustaría pedirte que hablastes sinceramente. Me refiero a esa película que viste en Tawoolah, a vuestras sospechas respecto a la desaparición de Pamela y a vuestro viaje a México.

«Vaya, la pequeña Gerry se fue de la lengua», pensó Dely, rabiosa.

La verdad era que, de una forma instintiva, los miembros de la *panda* desconfiaban de la «*pasma*». Sólo que tratándose de un policía como Cameron Brown, la desconfianza de Dely desaparecía como barrida por el viento.

—... no fue Gerry quien me habló del asunto, quiero que queden claras las cosas. En realidad, ella se resistió a hablar claro desde el principio. Pero durante los últimos días, yo noté un cambio raro en mi hermana. Había perdido el apetito, no salía, parecía asustada. Y la sonsaqué. Ahora ya sabes por qué he venido aquí. Y vuestra ayuda puede resultar decisiva de cara a las investigaciones de la Brigada Anti-Crimen —estaba diciendo Cameron—. Así pues, te ruego que hables con toda confianza.

Ya lo creo que Dely habló.

Durante casi una hora, expuso con voz excitada y ardiente todos sus sentimientos, pesares, angustias y sospechas.

—Estoy segura de que Luke fue a «Moran's» —terminó—. Y nunca me lo perdonaré. Fui yo la que le impulsó a visitar ese antro. Y ello le costó la vida.

Cameron vio rodar unas lágrimas por las mejillas de Dely Castro. Estaba muy guapa, así, tan emocionada, con los labios temblorosos y los azules ojos brillantes húmedos.

—Luke Simmons fue visto en «Moran's», efectivamente —declaró el joven policía—. Poco después, se entrevistó con una joven muy bella en una de las cabinas reservadas del club. Al cabo de media hora, salieron ambos y subieron a un automóvil europeo, un «Lamborghini», se alejaron y jamás se volvió a ver a Luke con vida.

Cameron describió a la joven del «Lamborghini».

—Era alta, delgada, cabellera rubia platino, muy maquillada y con largas pestañas postizas. Iba muy enojada y vestía con elegancia un poco rebuscada. Aparentaba tener unos veintitrés años...

—¡Jenny «Pestañas»! —exclamó Dely, sin poder contenerse—. ¡Era ella, con toda seguridad!

—Gerry dijo que tú pensabas que Jenny no era otra cosa que un cebo brillante para atraer a los jóvenes de ambos sexos, llenos de ambición y deseosos de abrirse camino en el cine —sugirió Cameron Brown.

—¡Sí, eso es lo que pienso! Jenny no tenía aptitudes para el cine. En realidad, era demasiado zafia y superficial para tener éxito en el cine, aunque se tratase de meras películas pornográficas. Por su aspecto boyante, sus joyas, el dinero que gastaba profusamente... Bien, todo eso podía servir para atraer a muchachos como Paul Martyn y Pamela Davis. Si ella tuvo que ver algo, aunque indirectamente, en la muerte de Paul, yo... yo...

Se ahogaba de pura indignación, de dolor profundo.

Cameron esperó, comprensivo, a que ella se desahogara.

—¿Sabes dónde vive Jenny? —preguntó el policía, luego—. La hemos buscado durante una semana. Pero todo ha sido inútil.

Dely se agitó, desorientada.

—Cuando Jenny formaba parte de la *panda*, fue a vivir a un prostíbulo de lujo, regentado por una mujer llamada Evi Garrido, pero Jenny se rebeló pronto contra la mujer que la había pervertido y se marchó. Verdaderamente, no sé...

Súbitamente, sus pálidas facciones se animaron.

—Quizá...

—¿Sí?

—Poco antes de que desapareciera, Paul dijo que tenía que ir a ver a Jenny «Pestañas». Tenía entre sus dedos una pequeña tarjeta de cartulina dorada con una inscripción en relieve «EME FILMS COMPANY». Y un número de teléfono...

—¿Lo recuerdas? —preguntó Cameron vivamente.

—Quizá. Tengo una manía derivada de mi empleo administrativo: sumar los valores absolutos de cualquier cifra. El número impreso en la tarjeta sumaba 32. Las tres primeras cifras daban un total de 12. Eran... ¡219, sí, estoy segura! —exclamó la muchacha, muy excitada.

—¡Adelante! —la animó el policía.

—El segundo grupo sumaba uno menos: 11. ¡Es decir, 38! El tercer grupo era un cinco y un cuatro. ¿O un cuatro y un cinco?

Cameron Brown había ido anotando las deducciones de Dely Castro. El resultado de aquel galimatías era 219 – 38 – 54 o bien, 219 – 38 – 45. Sumando los números se obtenía 32, en efecto.

—¡Diablos de memoria! —exclamó Dely, rabiosa—. No logro recordar si el tercer grupo era 45 o 54.

—¡No importa! —respondió Cameron alegremente—. Con esto tengo bastante. Investigaremos ambos números. Y ojalá encontremos a Jenny Williamson.

Terminó de beber el licor que había en su copa y se incorporó despacio.

—Eso es todo —dijo—. No sabes cuánto siento haberte obligado a salir de la cama.

¿Por qué se sentiría decepcionada Dely Castro?

—No tiene importancia. Al fin y al cabo, la policía tiene las mismas inquietudes que nosotros, ¿no es cierto? Celebro haberte conocido, Cameron. Gerry jamás me habló de ti. ¿Por qué no lo hizo?

—Quizá se avergonzaba de tener un hermano policía —rió él, de buen humor—. Al parecer, los de la *panda* no profesáis gran simpatía a nosotros, los de la «*pasma*».

—Pero tú... ¡tú no eres como los demás policías! —exclamó Dely, fogosamente. Al momento se arrepintió de haber pronunciado aquellas apasionadas palabras. Y rectificó—: Quiero decir que tú ni siquiera pareces un policía, sino un joven universitario, qué sé yo, otra cosa.

—Buenas noches, Dely —deseó él, dirigiéndose al vestíbulo—. Espero que volvamos a vernos pronto...

«Yo me encargaré de eso», decidió Dely, verdaderamente deslumbrada por la presencia física y la personalidad del hermano de Gerry Brown.

Y le acompañó hasta la puerta.

Esa misma noche, los servicios de la Brigada Anti-Crimen localizaron el domicilio de Jenny Williamson.

Se trataba de un discreto bloque de apartamentos situado en la urbanización llamada Edgemon Green, próxima a la costa.

El teléfono que Dely Castro había conseguido memorizar mediante su truco de sumar los valores absolutos de la cifra completa, era el 219 – 38 – 54 y correspondía al apartamento «F» del bloque de viviendas.

Pero aquel apartamento no estaba registrado a nombre de Jenny Williamson, sino de un individuo de unos cincuenta años llamado Harold Bellamy, un próspero contratista de obras.

Al parecer, Jenny y Bellamy vivían amancebados. Pero esto no era obstáculo para que los agentes de la Brigada Anti-Crimen dispusieran una vigilancia constante en los alrededores de Edgemon Green.

Porque a la Brigada no le importaba tanto Jenny Williamson como un oscuro personaje que dirigía la productora llamada «EME FILMS COMPANY», que no se hallaba registrada en los servicios administrativos del Estado.

CAPÍTULO VII

El día 10 de noviembre era viernes. Esa mañana, el cielo apareció poblado de negros nubarrones que anunciaban un nuevo e inminente temporal de lluvias.

En efecto, hacia las diez de la mañana comenzó a llover torrencialmente. Lo cual no fue obstáculo para que una hora después, Jenny Williamson abandonase el garaje situado en los sótanos del bloque donde vivía, a bordo de su rojo «Lamborghini».

Cameron Brown se encontraba tras el volante de una furgoneta de reparto de una empresa de productos alimentarios, cuando vio surgir el brillante automóvil deportivo.

Como el teléfono de Jenny y su protector estaba intervenido por orden judicial, Cameron sabía cuál era el destino de la joven de los cabellos rubio-platino: «Pirffano's», una peluquería de señoras situada a poco menos de un kilómetro de Edgemonnd Greens.

Jenny había pedido número a la peluquería la tarde anterior. Se había retrasado un poco, pues la había citado para las diez y media, pero Jenny concebía que una mujer que se precie debe hacerse esperar siempre.

Así pues, la furgoneta partió en pos del «Lamborghini» bajo el denso chaparrón.

Jenny conducía temerariamente, pero Cameron Brown consiguió no despegarse de ella más de treinta metros. Y luego, junto con el agente Halley, Cameron se dispuso a esperar.

En cuanto a Jenny detuvo su automóvil bajo la marquesina del lujoso edificio donde se ubicaba la peluquería «Pirffano's» y fue recibida por el *coiffeur* en persona, que la aguardaba en la puerta.

Quince minutos después, Jenny se encontraba bajo el enorme casco secapelos, una vez teñida y lavada su brillante cabellera.

Precisamente entonces escuchó la voz de Eme.

—Buenos días, querida. Veo que has madrugado.

La muchacha brincó sobre el sillón.

—¡Eme! ¿De dónde sales? Me has asustado, no te esperaba —musitó, sorprendida.

—Mnnn, yo también madrugo, no creas —el hombre debía encontrarse a su derecha—. Tengo una buena noticia para ti.

—¿Una buena noticia? —la voz de Jenny se había vuelto temblorosa.

—Tú querías un papel de protagonista en una de mis películas, ¿recuerdas? —sonó la voz meliflua de Eme, a quién Jenny no podía ver, incluso torciendo el cuello.

—¡Sí! ¿De veras has decidido...?

—¿Por qué no? Tú tienes una figura espléndida. Y has prestado excelentes servicios a mi productora. Incluso recuerdo el guion que más te gustaba. Yo lo escribí pensando en ti, es lo más probable. El papel de «Wailah, la reina de los lobos» está hecho pensando en ti...

—¡Eme, no puedo creerlo! ¿Yo, Wailah, la reina de los lobos? Te he suplicado miles de veces, pero tú siempre respondías lo mismo: «Aún no ha llegado la hora de tu lanzamiento».

—Y era verdad, querida. No estabas lo suficientemente madura. Pero ahora ha llegado tu hora. Será magnífico... Te repito que es un papel pensado a la medida de una mujercita tan habilidosa como tú.

—¡Oh, Eme, eres maravilloso! ¡Y yo que llegué a pensar...!

—¿Qué llegaste a pensar, pequeña?

Las manos del hombre acariciaban el fino cuello de Jenny.

—Que no confiabas en mis cualidades interpretativas. Si acepté el trabajo que tú me ofreciste, fue con la esperanza de que algún día accedieras a dejarme trabajar ante las cámaras —confesó Jenny, apasionadamente—. Pero tú te limitaste a seguir la rutina. Encargaste que me hicieran unas pruebas de fotogenia y las archivaste. Jamás volviste a acordarte de mi vocación.

—Tienes razón, no quise utilizarte entonces. Quería apartarte de tu vida descarriada —confesó el hombre—. Esperaba que en unos pocos, años te convertirías en una verdadera señorita, que adquirirías el aplomo y la elegancia precisos para hacer de ti una auténtica estrella...

—Y ¿lo he conseguido? —preguntó Jenny, esperanzada.

—La respuesta es afirmativa, querida —respondió Eme—. En caso contrario, no estaría aquí.

—¡Dios santo, si lo supiera Harold! ¡Nada menos que la interpretación principal de «Wailah, la Reina de los Lobos»! —clamó la joven, extasiada.

—¿Harold?

—Harold Bellamy, el hombre con el que vivo. Ya sabes que te consulté si podía vivir con él. Y tú estuviste de acuerdo, Eme. A condición de que Harold ignorase mi labor como captadora de jóvenes valores cinematográficos —explicó ella, impaciente—. Me gustaría mostrarle el guion de «Wailah, la Reina de los Lobos», ¡sí, señor! Aunque me quiere, Harold dudó siempre de mí valía como actriz de cine...

Transcurrieron unos segundos de pausa.

Luego...

—Jenny, tienes que dejar a Harold, tienes que dejarlo todo... si quieres ese papel —advirtió Eme.

—Pero ¿por qué dejar a Harold? Al fin y al cabo, él me quiere y me respeta. Me encuentro muy a gusto junto a él...

—Desaparecerás sin dejar rastro. Ni siquiera advertirás a Harold Bellamy —repitió el hombre con voz apacible, carente de entonación.

—¡No lo comprendo! Harold pensará que he sufrido un accidente, que...

—No importa lo que piense Harold. Escúchame con atención, pequeña Jenny: me he propuesto que tu interpretación de Wailah sea perfecta —las manos de Eme rozaron apenas los redondos senos de la joven—. Para ello necesitas profunda concentración, absoluto aislamiento. Si quiero que desaparezcas sin advertir a nadie, es precisamente para evitar que te distraigan con llamadas o visitas. ¿Comprendes?

—Empiezo a comprender —respondió ella, dilatadas las aletas de la perfecta nariz.

—Iremos a vivir al campo, por una temporada. Yo, personalmente, te daré clases de interpretación y declamación. Y, créeme —la voz de Eme vibró de soberbia—, conozco a la perfección la técnica interpretativa. Jamás tendrías un profesor como yo.

—Lo sé. Incluso...

—¡No me interrumpas! —la amonestó él—. Te enseñaré todo lo que sé. Te convertiré en una verdadera actriz. Dejarás de ser Jenny «Pestañas» Williamson, para convertirte en la más importante estrella.

Jenny se agitó, inquieta.

—¡Pero no comprendo que para eso sea preciso...!

La voz fría de Eme no la dejó continuar:

—Es absolutamente necesario, imprescindible. Quiero que te dediques con cuerpo y alma a formarte. Cuando juzgue que ha llegado el momento, te entregaré el guion de «Wailah, la Reina de los Lobos», que ha reposado durante docenas de años en un cajón de mi escritorio. Aprenderás el relato en sus menores detalles y llegarás a identificarte plenamente con Wailah, la hechicera, la mujer que guiaba a una manada de lobos a través de las estepas heladas...

Jenny no se atrevió a interrumpirle. Pero su respiración se había agitado y sus mejillas, carentes de maquillaje, habían subido de color.

—Y luego, comenzaremos a rodar. Será un trabajo lento y meticuloso. Ni me permitiré ni te permitiré el menor fallo, —advirtió Eme, rozándole el cuello con un dedo excesivamente frío—. No descansaremos hasta que el filme sea un hecho. Una obra perfecta, que pasará a los anales del séptimo arte.

Resopló ruidosamente y añadió:

—Naturalmente, eso es solamente un proyecto mío. Tú puedes

negarte o... aceptar. Puedes seguir en la mediocridad o alcanzar la fama y el talento. Elige.

El pecho de Jenny Williamson se hinchó. Y luego dejó escapar un suspiro prolongado y profundo.

—¿Crees... verdaderamente crees que puedo convertirme en una gran actriz? ¿Cómo Vivien Leigh, como Elizabeth Taylor, como la Jackson...? —se atrevió a preguntar.

—Serás, todo lo que quieras ser, contando con mi ayuda —respondió el hombre.

Tras una pausa, Jenny respondió:

—Gracias, Eme. Acepto de todo corazón. Me costará mucho dejar a Harold, pero creo que mi carrera es más importante. Después, él comprenderá...

—No sólo tendrás que dejar a Harold, querida. Abandonarás la casa donde vives, todas tus ropas, enseres, objetos, pieles, joyas —fue dictando Eme, intransigente.

—¿Incluso el «Lamborghini»? —preguntó la joven, anhelante.

—Incluido el «Lamborghini», sí. En realidad... Bueno, nos espera otro coche, abajo. Deja todo esto. Pirffano nos ha dejado solos. Sal de esa especie de tostador de palomitas de maíz y sígueme. Yo te llevaré al lugar adecuado.

Jenny se agitó, temblorosa.

—Pero, Eme, ¡mi pelo...! —clamó, angustiada.

—Olvida tu pelo, olvida todo lo que no sea tu inminente futuro —la cortó bruscamente su Pigmalión—. Has dejado de ser Jenny «Pestañas» Williamson, una linda prostituta sin importancia, para convertirte en Wailah, la Reina de los Lobos.

Tomó la temblorosa mano de Jenny que acababa de abandonar la «trampa» del secador de cabellos y murmuró:

—Ven.

CAPÍTULO VIII

Cameron Brown miró distraídamente la furgoneta de Goohan Cleaners que se despegaba de la fachada de la peluquería «Pirffano's».

Siguió con la vista el vehículo pintado de gris y también dirigió un rápido vistazo al renqueante «Volkswagen» amarillo que salía de una calle lateral y rodaba tras la furgoneta de la lavandería Goohan, expeliendo por el escape una humareda azulada.

Verdaderamente, el policía no tomó nota conscientemente de los movimientos de aquellos vehículos, porque le interesaba mucho más permanecer atento a la entrada de la lujosa peluquería de señoras — por la que esperaba ver salir a Jenny de un momento a otro—, y también le interesaba vigilar el brillante y rojo «Lamborghini» aparcado en batería junto a la amplia acera.

A las doce y cuarto de la mañana, Edgar Halley, compañero de Brown, comenzó a impacientarse.

—¿Por qué no sale? Lleva más de una hora metida en la peluquería —protestó Halley.

—Ya conoces a las mujeres —respondió Cameron, filosófico—. No tienen idea de que el tiempo pasa... sobre todo si se encuentran en la peluquería o en el instituto de belleza.

Transcurrió otro cuarto de hora. Seguía lloviendo sin cesar, si bien había cedido un tanto la violencia del temporal.

A la una menos cuarto, Cameron Brown decidió abandonar la furgoneta.

—Quédate aquí, por si sale mientras yo estoy dentro. Voy a echar una ojeada —previno Cameron a Halley.

Corrió a buena velocidad hasta guarecerse bajo la marquesina y Halley le vio desaparecer al otro lado de la puerta de cristales.

—Busco a la señorita Jenny Williamson —dijo Brown al primer empleado con el que se tropezó—. Es un asunto urgente.

El atildado joven de cabellos rizados se encogió de hombros.

—¿La señorita Williamson? Discúlpeme, no la conozco.

Cameron le retuvo por un brazo.

—Escuche, muchacho: Jenny Williamson tenía hora para hoy, a las diez y media. Y yo la he visto entrar aquí. —Brown puso su documentación bajo la nariz del empleado—. Es urgente, ¿entiende?

—Verá... Yo soy nuevo aquí. Pero le llevaré ante el jefe, el *signore* Pirffano. Venga, por favor —respondió, nervioso.

Pirffano era un verdadero *figurín*. Su traje entallado, sus rizados cabellos brillantes, su rostro, finamente maquillado, su bigotito recortado al milímetro y sus ademanes amanerados... hicieron comprender rápidamente al policía que se encontraba ante un mariquita.

—¡Sí, sí! Verdaderamente, è *certo* —asintió, moviendo la cabeza como un pajarillo—. Giuseppe la atendió. ¡Giuseppe, *per favore*! ¡Ah, aquí está Giuseppe! Este caballero pregunta por la *signorina* Williamson... Lo suponía: se marchó hace unos veinte minutos... ¿Cómo...? Ah, sí, verdaderamente, hay una salida posterior que da a Halter Street. Sí, hay una parada de autobús. Seguramente la *signorina* Williamson prefirió tomar el autobús.

Cameron Brown le dejó con la palabra en la boca. Después de registrar a la carrera todas las dependencias del local, cruzó ante Pirffano sin prestar la menor atención a sus dengues y buscó la salida a Halter Street.

Como era de suponer, Jenny Williamson no estaba a la vista.

Chasqueado y rabioso, Cameron Brown volvió a la calle. Un momento después, empapado como un perrillo faldero, se reunía con Halley en la furgoneta. Un violento estornudo le conmovió de pies a cabeza. Contestó con un gruñido al amable «salud» de Halley e informó a su compañero que la mujer a la que seguían había logrado escapar bajo sus barbas.

—Pirffano dice que quizá Jenny prefirió trasladarse en autobús —añadió, furioso—. Pero al venir hacia acá he comprobado que la portezuela del «Lamborghini» está abierta y las llaves de contacto cuelgan de la cerradura. Según hemos podido comprobar, Jenny es una muchacha escrupulosamente cuidadosa para todo lo relacionado con su coche. De ninguna forma lo dejaría abierto y con las llaves en el panel por voluntad propia. Así que...

—¿La furgoneta de la lavandería Goohan? —sugirió Halley, siempre atento.

—Sí, creo que sí. Es el único vehículo que ha salido del edificio desde que Jenny bajó del «Lamborghini» y entró en la peluquería. Conecta la radio, Ed. Vamos a comunicar a la central los datos que conocemos en relación con esa furgoneta de Goohan —indicó Cameron a su compañero.

En ese mismo momento, una preocupada Dely Castro se esforzaba en sacar el máximo rendimiento al viejo «Volkswagen» que —a regañadientes— le había prestado su amiga, Sally Roberts.

En verdad, el viejo trasto era un milagro rodante. Milagroso era que el motor siguiera marchando a pesar de sus continuos fallos en las paradas de los semáforos. Tan milagroso como que no hubieran

patinado sus gastados neumáticos sobre el encharcado firme.

El cristal posterior estaba completamente empañado y sucio. Los limpiaparabrisas funcionaban lentamente con quejumbrosos chillidos y, de cuando, en cuando, se detenía inexplicablemente. Entonces, Dely golpeaba el parabrisas y, milagrosamente también, las escobillas volvían a moverse con desgana torpeza.

Por si todo eso fuera poco, la aguja del marcador de gasolina se aproximaba fatalmente a la cifra «0».

—Es una locura, una verdadera locura —murmuró Dely, excitada—. Aún no puedo comprender por qué...

Los motivos que le habían impulsado a cometer aquella locura podrían tacharse de recónditos, cuando menos.

Quizá tuviera que ver algo en aquello Cameron Brown.

Quizá. Pero Dely no quería confesárselo abiertamente, porque tal confesión vendría a significar que se había enamorado de Cameron fulminantemente. Y esto no podía aceptarlo fácilmente su cerebro sereno y analítico.

El desarrollo de sus pensamientos se había producido más o menos así:

Jenny es un personaje clave en la organización criminal de «EME FILMS COMPANY». Cameron ha encontrado a Jenny, esto está demostrado. ¿Por qué no la detienen o interrogan? Porque quieren pescar al «pez gordo», eso es. Cameron y otro policía llevan cuatro días vigilando un edificio de Edgmond Greens. Consulto la guía telefónica y... y descubro que el teléfono 219 - 38 - 54 corresponde al apartamento «F»... ¿donde vive Jenny en compañía de un viejo llamado Bellamy! Pero Jenny apenas sale de casa. Quizá desconfíe... Pero el «pez gordo» se reunirá con Jenny antes o después. ¿O será Bellamy el «pez gordo»? ¡No, no parece un hombre honrado!

Dely había vuelto a su trabajo. La visita de Cameron Brown le había traído una cierta tranquilidad. Pero en la mañana del sábado, Dely estaba libre. Por eso pidió prestado el viejo armatoste rodante a Sally. De buena mañana, Dely se había apostado en las cercanías de Edgmond Greens. Valiéndose de unos prismáticos había visto a Cameron Brown, que ocupaba el puesto del conductor en el interior de una furgoneta de la empresa Halloran Foods Ltd.

«¡Cómo saben hacérselo estos “polis”!», pensó admirada. Y se dedicó a esperar y a investigar por su propia cuenta.

Lamentablemente no había tenido en cuenta que los motores de los automóviles necesitan combustible de vez en cuando. Y el depósito del «Volkswagen» de Sally no recibía demasiadas «atenciones» por parte de su dueña.

Por fortuna, el denso tráfico no permitía que la furgoneta gris de la lavandería Goohan se alejase demasiado. En cualquier caso, Dely

conseguiría ponerse a la zaga de aquel rápido vehículo al llegar ante un semáforo.

El automóvil de la lavandería Goohan se dirigía sensiblemente hacia Berkeley, distrito universitario.

Pero ¿por qué había seguido Dely a aquel vehículo comercial? Su decisión no se debía a una corazonada ni mucho menos.

Desde el interior del «Volkswagen», estacionado en la calle lateral, Dely atisbaba la fachada de la lujosa peluquería «Pirffano's». Enfrente, a unos treinta metros, se encontraba el vehículo de Halloran Foods Ltd, desde el interior del cual vigilaban Cameron Brown y su compañero.

La furgoneta de la lavandería estaba estacionada ante la fachada de «Pirffano's» cuando Dely detuvo su chirriante automóvil en el callejón próximo. Una hora después, vio a los dos empleados que sacaban con gran esfuerzo dos enormes cestos de mimbre de los utilizados por las lavanderías.

Dely observó:

—Se diría que la ropa de estos cestos está mojada. Esos hombres apenas pueden arrastrarlos.

Pero cuando los empleados tornaron a la peluquería y volvieron con el segundo cesto, Dely advirtió algo inaudito: una húmeda cabellera rubio-platino asomaba por el borde de la tapa de mimbre.

—Ese ridículo pelo teñido sólo puede pertenecer a una persona... ¡Jenny «Pestañas» Williamson! —murmuró, íntimamente sorprendida.

Los empleados acababan de cargar ambos cestos en la furgoneta y volvían a la peluquería, jadeantes, arrojando bocanadas de vapor por sus bocas.

—Unos cestos demasiado pesados para que sólo contengan ropa sucia —se dijo, desconfiada.

Y, obedeciendo a un impulso incontenible, decidió seguir a la furgoneta de la lavandería, que ahora ascendía rauda la pronunciada cuesta que rodeaba las edificaciones universitarias por su extremo norte.

Precisamente en aquel momento, el «Volkswagen» dio una fuerte sacudida y... se caló. Nerviosa, Dely dio una y otra vez al arranque, pero el motor no respondió. La aguja del medidor de gasolina señalaba el «0» más absoluto y el testigo correspondiente destellaba con guiños burlones.

—... ¡dita sea! —murmuró la muchacha, frenéticamente, viendo que la furgoneta de la lavandería se alejaba rápidamente y desaparecía en la riada de vehículos.

Centenares de automóviles la adelantaban, zumbando a izquierda y derecha. Detrás del «Volkswagen», los conductores de los vehículos atrapados en el carril hacían oír, indignados sus cláxones.

Dely se iba poniendo más y más nerviosa. Desde atrás la increpaban con toda la dureza del vocabulario más barriobajero: a izquierda y derecha, riadas de automóviles cruzaban veloces, impidiéndole bajar del vetusto armatoste.

Luego, de repente, se oyeron los alaridos de las sirenas. En dos minutos, en la avenida próxima al campus universitario se había formado un embotellamiento de proporciones increíbles.

La lluvia seguía cayendo, implacable, y Dely sollozaba en el interior del «Volkswagen».

Al cabo, unos motoristas de la policía avanzaron entre las largas hileras de automóviles y comenzaron a despejar el colosal atasco.

Minutos después, Dely conocía el motivo del embotellamiento: auto-patrullas de la policía habían interceptado una furgoneta G.M.C. pintada de gris que ostentaba grandes rótulos amarillos en sus costados: «GOOHAN CLEANERS Co».

—Al fin, la atraparon —murmuró, satisfecha.

Saltó fuera del «Volkswagen» temerariamente y corrió entre los vehículos que comenzaban a moverse en dirección al otro extremo de la calle.

De repente, Cameron y Dely se encontraron frente a frente.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó el joven, estupefacto.

—¿La cogisteis? Me refiero a Jenny Williamson. ¡Iba dentro de uno de los cestos! —exclamó ella, triunfal—. ¡Yo la vi...! Es decir, vi su cabellera mojada, brotando fuera de la tapa...

Cameron la contempló fijamente.

—¿Estás segura? —murmuró—. Hemos interceptado la furgoneta gris, en efecto, pero los dos cestos que transporta están... vacíos.

Sentada junto al policía, Dely se mordía los labios frenéticamente.

La verdad era que se sentía indignada, rabiosa y... humillada.

Después de escuchar sus explicaciones en silencio, Cameron la había amonestado como a una niña.

—Te has expuesto innecesariamente, Dely. Como has comprobado, nosotros sospechamos de esa furgoneta y comunicamos nuestras sospechas por radio a la central. Veinte minutos después, los radio-patrullas detenían el vehículo de la «Goohan Cleaners». Como verás la policía sabe lo que hace...

—¡Sí! —replicó ella, rencorosa—. Pero sólo encontrasteis unos cestos vacíos. En cambio, yo estuve a punto de...

—¿De qué? ¿De llamar la atención de unos criminales, quizá de recibir un balazo o algo todavía peor? —las facciones de Cameron tenían un fruncimiento terriblemente severo—. Hazme caso, te lo ruego. Nuestra profesión es excesivamente peligrosa para...

—¿Para que tengáis que sacarme de un atasco? —clamó Dely,

irritada.

—... para que una jovencita temeraria venga a interferir en nuestro trabajo. El «Volkswagen» lo llevará la grúa a casa de Sally Roberts. Vamos, sube. Te llevaré a casa. ¡Estás completamente empapada!

¡Cuántas humillaciones! El pelo, completamente mojado, le colgaba ahora sobre la frente en ridículas guedejas chorreantes; el agua había arruinado su leve maquillaje verdoso y ahora sus pálidas facciones parecían un viejo póster despintado. Y, además, Cameron seguía sermoneándola insistentemente.

—... no es un juego de niños, sino labor de profesionales habituados al riesgo. No diré nada a tu padre, pero tienes que prometerme...

—¡No prometeré nada! —gritó ella, airada—. ¿Quieres saber lo que pienso? La furgoneta de la lavandería entró en la Universidad, descargó allí los cestos y volvió a la avenida. Jenny Williamson se encuentra en alguna parte de la Universidad y...

Pero Cameron Brown no le dedicaba la menor atención. Seguía amonestándola, exorcizándola, apabullándola, encolerizándola y, sobre todo, humillándola terriblemente.

Ni siquiera dijo «gracias» cuando el coche radio-patrulla se detuvo ante el domicilio de los Castro.

Completamente corrida, abochornada, consciente de su ridículo aspecto de «mona empapada», bajó del automóvil sin murmurar una palabra y penetró en el vestíbulo de su casa.

Cameron movió la cabeza, comprensivo. Cuando la joven desapareció, el coche del policía se separó de la acera y se alejó rápidamente.

Transcurrieron dos semanas del mes de noviembre.

En aquel lapso de tiempo, los hombres de la Brigada Anti-Crimen se habían movido activamente, llevando a cabo centenares de pesquisas, comprobaciones y registros.

Pero ¿qué buscaban? Buscaban a un individuo alto, grueso y fornido, que vestía trajes impecables, usaba sombrero flexible y oscuras gafas de espejuelos. Buscaban, también, un «Cadillac» gris-plata y un gran furgón rojo con rótulos dorados. Es decir, los agentes de la Brigada Anti-Crimen intentaban situar a la organización «EME FILMS COMPANY».

El fracaso había sido la tónica. Ciertamente habían detenido a centenares de individuos de las características físicas de Eme. Pero después de ser interrogados, ningún cargo pudo ser presentado contra ellos, y en consecuencia, fueron puestos en libertad.

En el Estado de California existían unos trescientos «Cadillac» de

distintos modelos pintados de color gris-plata. Sus dueños eran honorables personas, cuyas conductas fueron investigadas por los represores del crimen organizado.

Lo mismo podría decirse acerca de los furgones rojos. Los había a centenares. Pero ninguno de ellos mostraba en sus costados en caracteres dorados aquellas tres palabras «EME FILMS COMPANY».

Tampoco Jenny Williamson había sido hallada.

Entretanto, la Secretaria de Estado había llevado a cabo una paciente y rigurosa investigación en los países árabes.

Se descubrieron campañas publicitarias en diversas revistas y periódicos impresos en árabe que anunciaban la venta directa de películas del llamado «cine vivo». El procedimiento de venta era postal. Los compradores de los escalofriantes filmes rodados en vivo hacían sus pedidos a tres apartados de correos situados en las ciudades de San Francisco, Nueva York y Chicago.

Las películas, pagadas a precio de oro por los aficionados a este tipo de cine, eran enviadas contra reembolso.

En Estados Unidos, la policía investigó aquellos apartados de correos. Habían sido alquilados por tres personas diferentes: Morgan, Merryman y Miles. Pero el alquiler de tales apartados había sido rescindido ya. Morgan, Merryman y Miles jamás fueron hallados.

—Curioso —observó Cameron Brown—. Los tres apellidos comienzan por «Eme».

CAPÍTULO IX

Dely Castro había decidido sacarse la espina. Un tanto atolondradamente se había determinado a demostrar al apuesto Cameron Brown que ella era algo más que una niñata presumida e inexperta.

Al principio, sopesó la posibilidad de contar con la ayuda de la *panda*. Pero tres argumentos en contra la animaron a enfrentar la aventura en solitario. En primer lugar, no se fiaba de Gerry Brown, que podría «*berrearse*» a su hermano el «*poli*». Por otra parte, no quería compartir con nadie la gloria del éxito. Y por último —lo que más la decidió a obrar por sí misma—, nunca se hubiera perdonado poner en peligro a ninguno de los «*compis*».

A la chita callando, Dely espío durante ocho días el domicilio de Harold Bellamy, el «amigo» de Jenny Williamson.

Se diría que aquel hombre vulgar de unos cincuenta años se sentía profundamente apenado. En varias ocasiones, Dely le siguió en moto a la comisaría más próxima, a la que Bellamy hacía frecuentes visitas.

La audacia de la adolescente había llegado al extremo de seguir al hombre hasta la puerta de su piso e incluso se había atrevido a esperarle en la escalera en más de una ocasión.

Aquella tarde también le esperaba en la escalera, pues fuera estaba lloviendo y en el vestíbulo Dely hubiera llamado excesivamente la atención.

Se oyó el chirrido suave de un cerrojo interior y la puerta del apartamento «F» se abrió.

¡Bellamy salía...!

Oculto tras la esquina de la escalera, Dely vio cómo Harold Bellamy cerraba la puerta y luego... ¡se inclinaba y escondía la llave bajo el felpudo!

«¡Si lo hubiera sabido antes...! —pensó—. Me habría ahorrado docenas de mojaduras».

Esperó, conteniendo el aliento. Se oyeron los pasos pausados de Bellamy, alejándose hacia el ascensor y luego el sonido quedado del aparato que descendía.

Dely aguardó unos minutos con el corazón en la boca.

Estaba decidida a penetrar en el domicilio de Harold Bellamy, ahora que conocía la forma de lograrlo... ¡La ridícula manía de

algunas personas por esconder la llave debajo de las alfombras...!

Sin embargo, no podía evitar la tensión nerviosa ni la desagradable sensación de haberse convertido en una merodeadora.

—Si me sorprendiesen dentro...

No lo dudó.

Ágilmente, ascendió los cinco peldaños hasta el descansillo, dirigió fugaces vistazos a izquierda y derecha y luego, ya decidida, se inclinó, tomó la llave, abrió y cerró la puerta con el cerrojo interior.

A oscuras dentro del lujoso apartamento, Dely no pudo evitar una sonrisa.

«A Cameron Brown no se le ha ocurrido registrar esta casa. Ni siquiera pensar que Jenny podría guardar algún dato comprometedor entre sus cosas», pensó.

De improviso notó que algo le rozaba los tobillos. Dio un brinco y ahogó con sus manos un chillido de horror.

Un momento después comprendía la causa de su susto: un precioso gato siamés se rozaba, mimoso, contra sus piernas.

El potente timbrazo repercutió en los largos pasillos de la casa.

Se oyó un rumor distante. Transcurrieron unos segundos y el hombre que aguardaba en el húmedo vestíbulo volvió a apretar el botón del timbre.

Escuchó unos rápidos pasos. Y la puerta se abrió.

—¿La señora Hammond? —preguntó Cameron Brown, amablemente.

Al ver que la mujer asentía con el gesto, sacó su documentación y se la mostró.

—Agente Brown, de la Brigada Anti-Crimen —se presentó—. ¿Puedo hablar con usted durante unos minutos?

Betsy Hammond vaciló. A Cameron no le pasó desapercibida la fugaz mirada que la mujer dirigió al interior de la vieja casa.

—El caso es que... me disponía a salir —murmuró, confusa y nerviosa.

Cameron sonrió.

—Vamos, vamos, señora Hammond, sé que su hijo está en casa.

—¿Mi hijo...? —se atraganta la pobre mujer—. ¿Es que...?

—Imagino que Jack acaba de huir escalando el muro del pequeño jardín situado en la parte posterior de esta casa —pronunció el hombre sin acritud.

El rápido parpadeo de la mujer corroboró sus sospechas.

—¿Por qué, señora Hammond? —insistió el policía—. ¿Por qué huye Jack en cuanto un desconocido llama a su puerta? ¿Por qué cambiaron apresuradamente de domicilio a mediados de verano? El piso que ocupaban antes era mil veces más cómodo que este viejo e

inhóspito caserón. ¿Me dedicará ahora unos minutos, señora Hammond?

Betsy exhaló un profundo suspiro.

—Pase —dijo. Y se apartó a un lado.

Guió al policía hasta una salita próxima. La humedad rezumaba por los desconchados muros y el panel radiante era impotente para caldear la fría estancia.

—¿Y bien...? —preguntó el hombre, sentándose en una vieja butaca de mimbre.

Betsy se retorció las manos, muy nerviosa.

—Ya no puedo aguantar más, señor Brown —declaró—. Se lo contaré todo, todo... Pero, créame, mi hijo no es culpable.

Habló atropelladamente durante quince minutos. El policía la escuchaba con profundo interés no exento de sorpresa.

—Al fin, cuando vinimos aquí, Jack se serenó un tanto. Con toda la ternura que una madre puede dedicar a su hijo, traté de hacerle entender que él no era culpable. Simplemente, se habían valido de su ingenuidad para cometer un crimen horripilante, perpetrado con toda premeditación y crueldad —relató Betsy Hammond—. Pero no logré convencerle de que debíamos acudir a la policía...

—Comprendo.

—Accedió a acudir a la Universidad, asistir a las clases. Aún no hace una semana, Jack regresó descompuesto de la Facultad. Temblaba y tenía las facciones crispadas, de color terroso. Esa noche, le oí agitarse en la cama hasta el amanecer. Y ya no consintió en volver a las clases. Se mostraba receloso, intranquilo, desconfiado. En cuanto sonaba el timbre, saltaba por la ventana de su dormitorio y corría al jardín...

—¿Cuál es su opinión respecto a la extraña actitud de Jack, señora Hammond? —quiso saber el policía.

—No lo sé... —Betsy se mordió los labios, angustiada—. Quizá en la Universidad vio algo... o a alguien que... le asustó. Aunque le he suplicado docenas de veces que me explique las causas de su inquietud, Jack calla tozudamente y cada vez se encierra más en sí mismo.

Cameron se puso en pie.

—Señora Hammond —dijo con voz grave—: es urgente e imprescindible que yo pueda mantener una conversación con su hijo. Dígame esto: de él depende que una organización criminal siga cometiendo nuevos crímenes. Convénzale de que nada tiene que temer. En cuanto lo haya conseguido, llámeme a este número. La comunicarán inmediatamente conmigo. ¿Lo hará?

Betsy tomó la cartulina que el policía le tendía y bajó la cabeza en señal de asentimiento.

—Lo intentaré —susurró.

A mediados de noviembre, Eme dio comienzo al rodaje de su nueva película, «Wailah, la Reina de los lobos».

Había escogido para ello unos magníficos exteriores: un solitario valle de las montañas de Arizona.

Nadie les molestaría allí: la población más próxima se encontraba a doscientos treinta kilómetros de distancia. Por lo demás, aquella aislada zona carecía de carreteras u otras vías de comunicación.

En realidad, Eme sólo esperaba que la nieve se decidiera a caer sobre el desolado paraje. Y las nevadas habían comenzado tres días antes, con lo que ahora la árida superficie semidesértica aparecía cubierta por una sábana blanquísima de quince centímetros de grosor.

A Jenny no le agradaba rodar en un lugar tan alejado. Y por otra parte, era lo suficientemente sensata como para comprender que no había alcanzado aún —ni con mucho— la maestría de una verdadera actriz.

—¿No te parece demasiado pronto? —había preguntado al director de la «EME FILMS COMPANY».

Pero éste se había mostrado absolutamente decidido a comenzar la filmación de «Wailah, la Reina de los lobos».

—Sé perfectamente lo que hago. Tú solo tienes que hacer una cosa: obedecer al pie de la letra mis indicaciones —pronunció, tajante.

Ahora llevaban una semana rodando incansablemente. Se habían filmado escenas en una imponente gruta de las estribaciones de Holby Valley y también en el interior del viejo rancho abandonado, construido en lo alto de un risco de lajas pizarrosas.

Eme parecía afectado de una actividad febril. Durante el día se rodaba sin cesar, al atardecer se filmaban algunas escenas en el interior del destartado rancho y sólo cuando caía la noche. Eme permitía descansar a Jenny y al resto del exiguo equipo: Lola Ríos, la *script* y los tres *cameramen*. Robinson, Dorren y Brooks.

Por lo demás, Eme la trataba con toda delicadeza. Siempre tenía una sonrisa para Jenny y se mostraba con ella tan galante y amable como si fuera una reina.

Por el contrario, Lola no ocultaba su antipatía por la muchacha. La recriminaba, corregía y censuraba constantemente.

Cuando Eme no estaba presente, Lola se mostraba especialmente ácida con Jenny.

—No te hagas ilusiones: jamás llegarás a ser una verdadera actriz —la zahería.

Jenny no tenía pelos en la lengua.

—¿Qué puedes decir tú? Para desempeñar papeles sin importancia, te viste obligada a acostarte con todos los directores de

California. Y no sólo con los directores: incluso con los *cameramen* y los *tramoyistas*...

Lola palidecía de rabia.

—Puedes pavonearte todo lo que quieras, querida. Al fin y al cabo, ésta será tu primera y tu última película —respondió, con los rasgados ojos brillantes de rencor.

Aqué! debió ser un toque decisivo para Jenny.

«Tu primera y última película...», había declarado Lola, segura de sí misma.

Pero Jenny no le hizo caso. Tomó la frase de Lola como el resultado de la frustración de una mediocre actriz secundaria que se había visto obligada a servir de *script* al final de su juventud.

Jenny deseaba que el rodaje terminase cuanto antes. El ambiente de Holby Valley era inhóspito, desagradable, hostil...

Por lo demás, se había encariñado con Harold Bellamy y le echaba de menos. También echaba en falta su «Lamborghini», las comodidades del apartamento de Edgemon! Greens, la vida bulliciosa de la ciudad...

De todas las incidencias de aquella semana de rodaje, lo que menos le gustaba era interpretar aquellas secuencias con perros-lobos amaestrados, que en realidad tenían el aspecto de fieras salvajes.

«Al finalizar el verano, cuando las hojas de los árboles se tornaban amarillentas, Wailah abandonó la aldea. En las alturas se oyeron los quejumbrosos e inquietantes aullidos de los lobos...

En la falda de la montaña, Wailah se detuvo. Dirigió su vista hacia las nevadas cumbres y elevando ambas manos hacia la boca, lanzó un prolongado y agudísimo aullido...

Como por arte de magia, al momento surgieron las pardas siluetas de los lobos, galopando, veloces, sobre la nieve ya cuajada...»

Jenny había leído aquel guion docenas de veces.

—Hay magia en el relato. Tiene un atractivo subyugante —reconoció, cuando la esencia de la historia cinematográfica caló, poco a poco, en ella.

Pero cuando, disponiendo los planos de una decena de secuencias, se vio rodeada por aquella bullente masa peluda formada por más de cincuenta perros lobos, Jenny sufrió en su entraña el verdadero miedo.

La sensación del riesgo fue ahuyentada por las voces de Eme, que gritaba a menudo:

—¡Largo, largo!

Y los cánidos se alejaban raudos, con sus rabos entre las piernas, como si la personalidad voluminosa de Eme fuera suficiente para imponer espanto a los animales.

Sin embargo, Jenny los había oído gruñir amenazadoramente a su alrededor, había contemplado, temerosa, los afilados colmillos de

aquellos perros que más bien parecían fieras...

No. Decididamente no se sentía muy tranquila cuando rodaba algunas secuencias rodeada por la manada de agresivos animales peludos... Aunque estuvieran amaestrados.

Aquella misma mañana, Jenny había visto cómo dos enormes machos se peleaban a dentellada limpia, por una hembra en celo.

Eme había llegado a tiempo. Cuando uno de los perros acababa de desgarrar profundamente el cuello de su rival.

Eme se limitó a gritar con voz tonante:

—¡Largo, largo!

Y los perros depusieron su actitud hostil y se disgregaron, veloces.

Pero Jenny había visto, una noche, como los perros se lanzaban como fieras sobre los despojos que Robinson —uno de los *cameramen*— arrojaba a puñados a través de un ventanuco del ruinoso rancho.

Había escuchado sus gruñidos animalescos y había visto sus sombras lanzándose brutalmente contra uno de los animales que había conseguido atrapar un pedazo de pitanza.

Oyó un aullido agónico. Y a la mañana siguiente, cuando abandonaron el rancho, Jenny vio sobre la nieve unas piltrafas sanguinolentas...

Apenas unos trozos de piel pardusca, todavía frescos. Y unas astillas de hueso.

Viendo todo aquello, Jenny comenzó a preocuparse.

Pero todavía no había llegado su hora.

CAPÍTULO X

Aquella noche, Dely examinó detenidamente su «tesoro» sobre el lecho.

No era mucho, ciertamente.

Un estuche con veinticinco doradas tarjetas. En la impresión, en negro, se advertía un airoso monograma: una gran M inglesa insertada en un rectángulo que servía como inicial de las palabras destacadas en relieve: «EME FILMS COM PAN Y».

En el ángulo inferior derecho, un simple número de siete cifras: 219 – 38 – 54.

Pero en el botín de Dely se incluía un mapa de carreteras. Alguien había hecho algunas indicaciones en el mapa con rotulador negro. Se trataba de unos cuantos círculos y unas cuantas cifras.

«Mmmm... 18 – 5 – 79, rodeando... un tramo de vía férrea, un paso sobre el ferrocarril. ¿Qué pone aquí? Mag... Magnolia... Cross...»

Dely se incorporó sobre el lecho de un violento respingo.

—¡Magnolia Cross...! —murmuró, atónita—. El día 18 de mayo de 1979, Paul fue destrozado por un convoy precisamente en... Magnolia Cross.

El descubrimiento puso sus nervios a flor de piel.

Sus dedos, inquietos, extendieron el plegado mapa sobre las sábanas. En el dormitorio contiguo, su padre, que comenzaba a conciliar el sueño, se removió aparatosamente. Crujieron los muelles del somier, se oyó un suspiro. Luego, silencio.

Dely se concentró en el estudio del mapa.

Advirtió que numerosos circulitos trazados con rotulador negro enmarcaban otros puntos del mapa.

«Mount Taver, 13 – 6 – 79...», leyó, estupefacta.

¡Y luego!

«Pequeño San Matías, 26 – 6 – 79...»

La presión arterial de Dely aumentó considerablemente.

—Pequeño San Matías, México, 26 de junio... Pamela Davis debía volver ese día a San Francisco. Pero no volvió —murmuró aterrada.

Intentó serenarse. Ahora, más que nunca, necesitaba calma, dominio de sus excitados nervios.

Había un circulito negro sobre la bahía de San Francisco. Los números anotados junto al círculo eran 2 – 10 – 79.

Es decir, el 2 de octubre de 1979.

Y ésa era precisamente la fecha en que Luke Simmons, de diecisiete años, había ido al club «Moran's» para intentar sonsacar a Jenny «Pestañas» Williamson.

«No puede ser simple casualidad», pensó Dely, cada vez más excitada.

Siguió buscando los pequeños círculos sobre el mapa. Círculos que siempre iban acompañados de una fecha.

Había más de una docena de aquellos diminutos redondeles que señalaban un punto geográfico sobre un área que abarcaba los Estados de California, Nevada y Arizona.

La fecha más antigua se remontaba a abril de 1974. La más reciente...

—¡Veintiuno de noviembre de mil novecientos setenta y nueve! —exclamó Dely, llena de incredulidad.

La fecha anotada junto al círculo correspondiente marcaba un área de la zona montañosa del sudeste del Estado de Arizona.

—¡Jenny! —exclamó impulsivamente Dely Castro.

Su propio descubrimiento la dejó anonadada.

—No es posible... —pronunció entre dientes.

Consultó su pequeño reloj de pulsera.

Eran las cero horas veinticinco minutos del 21 de noviembre de 1979.

—¡Hoy! —suspiró, estremecida—. Es hoy precisamente Cuando... ¿Cuando qué...?

Pero ella lo sabía en el fondo de su corazón. El 21 de noviembre de 1979 Jenny «Pestañas» Williamson tenía que morir.

Irremediablemente.

Gerry se escabulló enseguida de la mesa y ascendió rápidamente los peldaños de la escalera que llevaban al piso superior, donde se encontraba su dormitorio.

Pero su hermano la alcanzó en el descansillo.

—Espera, pequeña —los redondos ojos de Gerry le miraban, un poco asustados, a través de las gafas—. ¿Qué hay acerca de tu amiguita?

Gerry desvió la mirada. Se hacía la tonta... aunque al año siguiente pensaba ingresar en la Escuela de Ingenieros Aeronáuticos.

—¿Mi amiguita? ¿Qué amiguita? —respondió.

Cameron sonrió.

—Vamos, pequeña Gerry, tú y yo estamos pensando en la misma persona: Dely Castro.

—Ah, Dely. La verdad es que apenas nos vemos últimamente. Ella parece rehuirme y...

—No trates de engañarme, Gerry. Tu expresión dice claramente

que me guardas un secreto —insistió Cameron.

—Déjame, tengo que ir a dormir. Mañana...

Desde abajo llegó la voz de papá Nat Brown.

—¿Cam? Baja un momento. Tengo que consultarte algo.

Cameron soltó el brazo de su hermana, que huyó rápidamente hacia su dormitorio. Luego, desganadamente, el policía descendió hasta el saloncito donde se encontraban su padre y su madre.

—Siéntate, Cameron —invitó Nat Brown.

Taly, la esposa, inició una fugaz mirada alternativa al padre y al hijo.

—Sí, papá.

Nat carraspeó. Había encendido el último cigarrillo por aquella noche y tenía ante sí una taza humeante de grog caliente.

—¿Qué ocurre con esa muchacha, la hija de los Castro? Últimamente demuestras un interés poco común por ella —comentó el padre.

Cameron jugueteó con un plátano.

¿Cómo explicarle en pocas palabras a su padre que el interés que él sentía por Dely Castro era estrictamente profesional? Si decía algo así, su padre, con toda probabilidad, no lo creería.

Disimuló.

—Cuestión de deformación profesional, papá —respondió mansamente—. Dely es amiga de Gerry Al mismo tiempo que me preocupo por mi hermana, me preocupo por Dely.

Nat Brown consideró pausadamente la cuestión. Tenía sueño. Y estaba muy constipado.

—Ah, bien. Si se trata sólo de eso... Es muy razonable que un policía se preocupe por su pequeña hermana Gerry. Y de paso por las amiguitas de su hermana.

«¡Amiguitas!», pensó Cameron, entre irritado y vehemente.

Iba a decir a su padre la verdad: que le preocupaba la seguridad de Dely Castro y los jóvenes e ignorantes componentes de la panda que...

Pero Nat Brown había terminado ya su «medicinal» grog caliente y se marchaba pausadamente hacia su dormitorio.

Instintivamente, Cam había apretado tanto el plátano que la pulpa blanda y fragante había emergido de la piel.

De un bocado, masticó la fruta. Luego se alzó de la silla, besó a su madre en la frente, la deseó buenas noches y saltó los peldaños de cuatro en cuatro, camino de la cama.

Le hubiera gustado charlar largamente con su madre y con su padre, pero su servicio comenzaba a las siete de la mañana. Necesitaba, pues, descansar.

Pero mucho antes de las siete...

Fue como si el timbrado del teléfono repercutiera físicamente en el interior de su caja craneana.

Gruñó entre dientes, se removió apenas entre las dulces sábanas.

«El sonido del despertador es diferente», pensó, con toda sensatez.

Dos segundos después, el teléfono volvió a zumbar.

—Maldito privilegio —rezongó Cameron Brown.

Desde que Cameron ingresase en la Brigada Anti-Crimen, su padre había decidido que el orden de prioridad —en cuanto al teléfono— pertenecía, indudablemente, a Cam. Y así, había hecho instalar el aparato en el dormitorio de su hijo.

Cam sacó una mano de entre las tibias sábanas y, al tacto, descolgó el auricular.

Aunque fuera de plástico, el auricular estaba frío. Lo notó al aproximarlo al oído.

—¿Sí...?

—¿Es usted Cameron Brown? —vibró una voz sonante. (Cam advirtió que era un hombre y que el aire se escapaba aparatosamente entre sus fauces sin dientes.)

E inmediatamente adivinó quién le llamaba: Anthony Castro, el padre de Dely.

—Sí, soy yo, señor Castro. Dígame qué...

—Escuche, amigo —a pesar de su boca sin dientes, la voz de Castro vibraba con resonancias desagradables—. Antes de llamar a la *poliffia*, he preferido consultar con usted.

—¿Qué ocurre?

—Dely, mi hija, ha desaparecido. Salió de casa, *haffia* las siete. Y no ha vuelto. Jamás *hiffo* algo semejante, ¿comprende? Nunca llegó más tarde de las *onffe* de la noche. Y cuando se retrasó un rato, siempre nos avisó por teléfono. Ahora son las seis de la mañana. Geny, mi esposa, está *solloffando* en el lavabo. He llamado por teléfono a todas las amigas de mi hija... Cuando iba a telefonar a Gerry, me he acordado de usted... Nadie sabe nada *afferca* de mi hija, señor Brown. Estamos... estamos acongojados, señor Brown. Podría... ¿podría *haffer* algo por nosotros, Cameron? Sospechamos que a Dely le ha... le ha ocurrido algo... lamentable. Por favor...

Oyendo esto, Cameron Brown saltó de la cama de un brinco.

Cuando abandonó su dormitorio, Gerry estaba en el pasillo, en pijama.

—Cam, creo que debo decirte la verdad —musitó la jovencita.

CAPÍTULO XI

A las diez de la mañana habían filmado unas secuencias sobre la nieve.

Los perros, encerrados en unas jaulas metálicas, lanzaban ladridos excitados.

Jenny se había enfriado y estornudaba ruidosamente. Era lógico: Eme le había obligado a rodar aquellas escenas sobre el ambiente gélido con apenas una túnica blanca, sutil, transparente.

Desde luego, el efecto del trasluz de su joven cuerpo sobre la nieve era maravilloso, según habían podido comprobar por las pruebas.

Pero ahora Jenny se estremecía de fiebre y de frío.

Eme, siempre galante, le trajo un *grog* que quemó sus labios.

—Vamos, no es nada, un simple enfriamiento —comentó él, con ánimo ligero—. Tómame un par de aspirinas. Te sentirás bien antes de mediodía.

Habían vuelto al rancho.

¿El motivo?

Eme necesitaba bruma para filmar unas escenas irreales, evanescentes, con Jenny seguida por la manada de «lobos», escalando la ladera nevada. Pero la niebla no se había producido y Eme aguardaba a que algún milagro meteorológico hiciera nacer la bruma al atardecer.

Mientras bebía a pequeños sorbos el *grog*, él le ofreció un cigarrillo en su pitillera de oro, maciza.

Y al sacar la pitillera del ancho bolsillo de su chaquetón, a Eme se le escurrió algo entre los dedos.

Jenny palideció un poco más al contemplar el pequeño rectángulo dorado sobre el piso de tablones desiguales.

Era una de las tarjetas que ella, envanecida por su cargo de «relaciones públicas» de «EME FILMS COMPANY», había hecho imprimir por su cuenta.

Los ojos de Eme contemplaron, también la cartulina dorada a través de sus oscuras gafas.

—¡Eme! —exclamó ella, sin poder contenerse—. ¡Esa tarjeta...! No puedo comprender cómo llegué a tu poder.

Eme dejó escapar una risita entre dientes.

—Querida, cuando fuiste a vivir con Harold Bellamy, ¿recuerdas?

Me entregaste una copia de la llave de tu apartamento. Quiero decir, de vuestro apartamento. Fui a buscarte hace unos días, antes de que te trajera aquí. Quería hablar contigo para... Pero eso no importa. Lo cierto es que no pude resistir la tentación de echar una ojeada a tu nido de amor. Curioseé, aquí y allá. Y entonces encontré estas tarjetas. No sé cómo pudiste atreverte —la voz de Eme tenía ahora vibraciones peligrosas—. Fue una estupidez por tu parte. Dime, ¿a cuántas personas entregaste estas tarjetas?

Jenny palideció aún más. (Lola, que asistía a la escena, sonrió como una víbora.)

—Sólo... sólo a una o dos personas. A Paul Martyn, a... no recuerdo a quién más. ¡Te lo juro, Eme! —farfulló.

—Pero, querida —una sonrisa distendió los gruesos labios del hombre—. No tengo nada que recriminarte. Por tu parte, no fue más que una pequeña travesura. Disculpable, desde luego... Sólo que, ahora que recuerdo... —la sonrisa desapareció del rostro de Eme—. ¡Qué tremendo desliz!

—¿Cómo...? —murmuró Jenny, desorientada.

—Aquella tarde, cuando estuve en tu casa... No había nadie dentro. Tú y Harold estabais divirtiándoos, imagino. Yo me senté en el despacho de Harold. Saqué algunos documentos de mí cartera, hice algunas anotaciones personales... Y fue poco después de encontrar esas preciosas tarjetas doradas con las palabras «EME FILMS COMPANY» en relieve... Bien, no tiene importancia.

—Pero, Eme. —Jenny se manifestaba muy inquieta e insegura—. ¿Qué fue lo que sucedió en mi apartamento?

Eme aplastó su habano sobre la mesa de tablones de roble.

—Nada de importancia, querida. Simplemente, me olvidé el mapa en el que hice algunas anotaciones. Espero recuperarlo en breve.

Súbitamente, su actitud cambió.

Su pesada humanidad se incorporó con sorprendente agilidad.

—Vamos, no perdamos el tiempo. ¿Veis? La bruma comienza a lamer las laderas de Holby Valley... ¿Qué esperáis? ¡Hay que trabajar! Sólo nos falta filmar tres secuencias... —el enorme puño de Eme cayó sobre la mesa e hizo saltar el conjunto de heterogéneos objetos que había sobre la mesa—. ¡Daos prisa!

Miró a Jenny fijamente, acarició sus mejillas febriles, y dijo:

—Vamos allá, querida. Esto está a punto de terminar.

Jenny se estremeció, a su pesar.

Desde el exterior llegaban los inquietantes aullidos de los perros.

«Se diría que están... hambrientos», pensó Jenny.

Poco a poco, el plan se fue concretando en la mente de Dely.

«Tengo que viajar a Arizona y encontrar a Jenny. Cuando la haya

localizado, llamaré por teléfono a Cameron Brown y le ofreceré mi descubrimiento en bandeja de plata», pensó, plena de excitación.

Pero ¿no sería demasiado arriesgado?

Calculó la distancia desde San Francisco hasta aquel punto del sudeste del Estado de Arizona.

Más de mil kilómetros... mi pobre moto no resistiría tal distancia...

Dely tenía más de mil dólares en una cuenta de ahorros. Pero los bancos no abren por la tarde y ahora eran ya las ocho y media de la noche.

Por supuesto que podía pedir dinero a su padre. Pero Anthony Castro haría miles de preguntas antes de entregarle el dinero y, probablemente, adivinaría que su hija se había decidido a emprender una aventura peligrosa.

¡La *panda*...!

Dely guardó el mapa en su bolsillo y arrancó el motor de la moto de un pedalazo.

A la primera que visitó fue a Cheryl.

—¿Pasta? —replicó ésta, sarcástica—. Querida muchacha, estoy a dos velas hasta el sábado.

Matt estaba trabajando en un autoservicio del barrio. Cuando escuchó la petición de Dely Castro, respondió:

—Sólo tengo unas monedas sueltas. Pero aguarda, pediré un anticipo al patrón.

Poco después regresó con treinta dólares.

Dely le dio las gracias, le besó apresuradamente en la áspera mejilla y se marchó.

Con Sally tuvo aún más suerte.

—¿Cuánto?

—Lo que puedas.

Sally vació su bolso y reunió setenta y dos dólares, entre monedas y billetes.

Poco después se encontraba con Bob Doyle, otro miembro de la panda.

—¿Es que piensas apostar en las carreras? —bromeó el muchacho—. Está bien, guardaba cien dólares para la entrada de una moto, pero si tanto necesitas el dinero...

Dely vaciló antes de visitar a Gerry Brown. Pero finalmente se decidió.

Gerry colaboró con treinta y cuatro dólares, extraídos pacientemente de su hucha.

—Dely, estás pálida —observó la miope hermanita de Cameron Brown—. ¿Es que piensas fugarte de casa?

Dely dejó escapar una risita nerviosa.

«Clarividente, la nena», pensó irritada.

Y de pronto se dejó llevar por un impulso.

—Escucha, Gerry. Si Cameron preguntase por mí, entrégale este mapa y dile que estoy en 21 – 11 – 79. ¿Has entendido bien?

Gerry parpadeó.

—He escuchado —especifiqué—, pero no entiendo nada. En fin, le daré el recado a mi hermano.

—Pero no antes de mañana —advirtió Dely—. ¿Me lo prometes?

Gerry asintió con un movimiento de cabeza.

—Prometido pero... me parece que vas a hacer una locura —respondió la jovencita.

A las nueve y media, Dely había reunido cerca de trescientos dólares.

Poco después hizo una llamada telefónica desde una cabina pública.

El servicio de información del aeropuerto le informó que el vuelo 789 de TWA, destino Phoenix, partía del aeropuerto de San Francisco a las once menos diez de la noche.

Hizo la reserva de una plaza hasta Phoenix y, un tanto agitada, penetró en una cafetería y masticó sin ganas un par de bocadillos y bebió una taza de café.

«Papá me matará, cuando todo esto haya terminado», pensó.

A las diez menos cuarto, Dely se trasladó en moto al aeropuerto. Pagó el importe del billete en el despacho de la TWA y descendió a la sala de espera de vuelos nacionales.

Diez minutos después, los altavoces anunciaban que el vuelo 789 de TWA, destino Phoenix, se retrasaría una hora, por razones técnicas.

La tensión nerviosa de Dely aumentó.

Dentro de poco, papá comenzará a preocuparse por mi causa. Imaginaré que he tenido un accidente con la moto, quizá que me he...

Alejo aquellos pensamientos con un esfuerzo de voluntad. Pero no pudo evitar sentirse entristecida.

Paseó, inquieta, arriba y abajo, compró un número de la revista «Inquire» y hojeó sus páginas, distraída.

Hubo un momento en que estuvo a punto de devolver su billete de avión y liquidar la aventura.

Pero inmediatamente recordó a Cameron Brown, su tono paternalista llamándola al orden, amonestándola, tratándola como una niña, en una palabra. Y estos recuerdos la obligaron a apretar tozudamente los labios y a murmurar:

—No me volveré atrás. Por nada del mundo.

Muy cerca de las doce, la impersonal voz de una locutora anunció que los pasajeros del vuelo 789 debían salir a las pistas a través de la puerta 6.

Dely se subió, friolera, la cremallera de su anorak rojo y se mezcló con las personas que se dirigían a la puerta 6.

Un momento después, la jovencita ocupaba un asiento de clase turista a bordo de un Boeing-727.

Mientras se ajustaba el cinturón, Dely cerró los ojos y murmuró:

—Ahora sí que no puedo volverme atrás.

Tragó saliva y pensó:

«¡La he armado buena...!»

CAPÍTULO XII

Cameron Brown estaba ultimando unos detalles sobre su viaje a Arizona con el jefe Douglas, cuando recibió el mensaje telefónico.

—¿Señor Brown?

—Sí, soy yo. ¿Quién me llama?

—Soy... Jack Hammond, señor Brown. Estoy decidido a hablar con usted. Le contaré toda la verdad acerca de...

—¡Jack! —exclamó el policía, sorprendido—. Escucha, muchacho, me dispongo a emprender vuelo a Phoenix. Te buscaré, a la vuelta. Ahora no puedo perder tiempo. El asunto que me lleva a Arizona es urgente...

—No le distraeré mucho tiempo —le interrumpió Hammond—. Mi madre le dijo que yo había vuelto asustado de la universidad, ¿recuerda? Y todavía estoy aterrado, lo confieso. Pues bien, mi susto tenía una explicación: ese día asistí a una conferencia sobre temas cinematográficos en la Universidad. ¿Sabe quién era el conferenciante? Eme, el sádico que puso en mis manos un bazooka para fulminar a Pam Davis.

Cameron quedó sin habla al escuchar aquella revelación.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —preguntó. Y notó que su garganta se había secado súbitamente.

—Michael Morris. Es profesor de Artes y Ciencias Cinematográficas de la Universidad de Berkeley —respondió el muchacho.

—¡Michael Morris! ¿No era un famoso actor cinematográfico de los años cuarenta? —exclamó el policía, atónito.

El jefe Douglas alzó vivamente la cabeza y miró al agente Brown.

—En efecto. Según los archivos cinematográficos de la Universidad, Michael Morris interpretó más de treinta películas famosas en el mundo entero al lado de actrices de la talla de Katherine Hepburn, la Hayward, Barbara Stanwick, etcétera. Hacia los años sesenta, su fama declinó rápidamente y no volvió a figurar en ningún reparto importante. Ése es el criminal que dirige la «EME FILMS COMPANY» —relató Jack Hammond.

Cameron acababa de tomar unas vertiginosas notas sobre la agenda del jefe Douglas.

—Gracias por confiar en nosotros, Jack. No te arrepentirás de ello. Te llamaré en cuanto pueda —dijo el agente Brown.

Colgó el teléfono.

El jefe Douglas, que acababa de leer lo escrito por Cameron, alzó la mirada de la agenda y exclamó, incrédulo:

—¡Es... es inaudito!

Rachas de viento helado soplaban del Norte y recorrían el valle en toda su longitud, azotando las laderas y arrastrando la nieve en polvo de las colinas.

El furgón rojo de la «EME FILMS COMPANY» seguía lentamente las rodadas del camión que transportaba las jaulas de los perros.

Dentro del furgón, Eme acariciaba los cabellos de Jenny Williamson.

—Tranquilízate, pequeña —susurró—. ¡Te veo tan nerviosa...!

Escrutó las aniñadas facciones de Jenny y preguntó:

—¿Tienes algún motivo para estar preocupada?

La chica se apresuró a negar con la cabeza.

—No es eso —respondió—. Estoy destemplada, tengo frío, eso es todo.

—No te preocupes. Pronto estarás bien —habló el hombre, con voz paternal, confortadora.

Jenny tenía sobre las rodillas el guion de «Wailah, la Reina de los Lobos», abierto por las últimas páginas.

Distraída, leyó:

«Los alimañeros habían cazado miles de lobos aquel último invierno. Los fardos de pieles habían producido cuantiosas ganancias a los cazadores, uno de los cuales entregó setecientos rublos a Wailah, la cual, acosada por los remordimientos, se había entregado locamente al alcohol y a la degradación sexual con todos los hombres casados de la aldea».

Eme, sentado junto a Jenny, fumaba uno de sus enormes habanos. Como consecuencia del traqueteo del furgón, la ceniza se desprendió del cigarro y manchó sus pantalones de pana. Pero Eme no se molestó en sacudirse el pantalón.

«Lenka, el leñador, había citado a Wailah en el desfiladero de Akrass. La mujer vaciló: el invierno había llegado y la nieve cubría las montañas. La noche anterior, Wailah había escuchado los aullidos inquietantes de los lobos... Pero Lanka era robusto, decidido y astuto. Siempre que abandonaba la aldea camino del bosque, Lenka llevaba su escopeta lobera a la espalda y dos cananas cruzadas sobre el pecho...»

Jenny alzó la vista de la página fotocopiada y miró a Eme.

—¿Es que no vamos a detenernos nunca? —exclamó impaciente.

Delante del furgón, el camión donde viajaban los perros ascendía despacio una pronunciada pendiente erizada de peñascos.

—Calma. Ya llegamos. Dentro de unos minutos estaremos en Snakes Canyon —respondió Eme mansamente.

Jenny se mordió los labios. Al cabo, sin embargo volvió a sumergirse en la lectura del guion.

«Súbitamente, Wailah comprendió la verdad: Lenka no acudiría a la cita.

Se estaba haciendo de noche rápidamente y el viento helado había dejado de soplar. El desfiladero de Akrass estaba en silencio absoluto.

Un momento después, comenzó a nevar...»

Jenny alzó la cabeza y miró hacia la cabina, donde viajaban Robinson y Brooks.

—¡Está nevando! —advirtió, asombrada.

—Naturalmente, querida —respondió Eme, con toda naturalidad.

Jenny le observó, atónita.

Un absurdo pensamiento pasó por su mente.

«¿Tendrá poder Eme para provocar la nieve a su capricho?»

Durante unos minutos, siguió con la vista el desplazamiento del camión que les precedía.

Finalmente, volvió a la lectura.

«La espesa nevada borraba el relieve de los muros del desfiladero. Cobijada en una grieta, Wailah temblaba de frío y de miedo. Decididamente, Lenka no acudiría a la cita. Y Wailah se sentía aterrorizada ante la idea de atravesar sola la desolada estepa, camino de la aldea...»

Jenny sacó un cigarrillo de su pitillera. Sus dedos, inseguros, temblaron al llevar el cigarrillo a los labios.

Al encender el mechero, advirtió que Lola la miraba, sonriendo irónicamente.

¿Por qué la odiaba aquella estúpida mujer? ¿Quizá ella y Eme se entendían sentimentalmente y Lola se sentía ahora celosa de Jenny?

«¡Púdrete!», le deseó mentalmente y exhaló una bocanada de humo. Inmediatamente le asaltó un acceso de tos tan violento que le obligó a apagar el cigarrillo.

La sonrisa insistente de Lola inquietaba a Jenny. Tornó a la lectura para no contemplar la odiosa sonrisa de aquella añeja actriz fracasada.

«Del fondo del desfiladero brotó un aullido penetrante, cuyo eco estremecedor repitieron medrosamente los muros de la quebrada.

Llena de pánico, Wailah descubrió los puntitos luminosos a través de los copos de nieve.

Los lobos se acercaron lentamente. Eran muchos. Más de cincuenta fieras que rodearon silenciosamente a la mujer que se refugiaba en la hendedura de la roca.

Las piernas de Wailah se aflojaron. Lentamente fue desplazándose hacia la izquierda. Luego corrió con todas sus fuerzas.

La manada galopó tras la mujer y los poderosos machos alcanzaron a Wailah y la derribaron.

Luego se oyó un coro de terribles gruñidos mezclados con el último grito que brotó de los labios de Wailah, la Reina de los Lobos...

(FUNDE EN NEGRO Y TERMINA CON UN AULLIDO PROLONGADO).»

Jenny cerró el folleto de golpe y exclamó:

—¡Es horrible!

Lola dejó escapar una risita sardónica.

—¿Qué es horrible, querida? —preguntó Eme, distraído.

La muchacha abrió el guion por las últimas páginas.

—El final de este relato. Es repugnante... Lobos que devoran a una mujer en la soledad de un desfiladero... ¡Detesto este final! ¿No podrías rectificarlo, Eme? —suplicó con una vocecilla estrangulada.

—Imposible, pequeña —denegó el hombre—. ¿No lo comprendes, Jenny? Sin ese final, toda la narración cinematográfica perdería su esencia, carecería de garra...

Eme se volvió hacia Jenny y escrutó su pálido semblante.

—Pero ¿qué temes, pequeña? —preguntó con voz cálida e íntima—. Los perros están amaestrados y me obedecen. Cuando tú salgas huyendo, soltaremos los perros, que te derribarán y simularán atacarte... Pero nada más. En ese momento habrá terminado todo.

Sonreía bondadosamente y Jenny se tranquilizó.

De todas formas, no le gustaba nada tener que soportar el fingido ataque de aquellos enormes perros de pardusco pelaje, tan semejante al de los verdaderos lobos. Pero si no había más remedio...

De pronto el furgón, se detuvo bruscamente.

Jenny giró el cuello hacia la cabina y advirtió que el camión de las jaulas se había detenido junto a un roquedal, en el lugar en que la trocha describía una cerrada curva a la izquierda, pendiente abajo.

—¿Qué ocurre? —gritó Eme, irritado, pues el brusco frenazo había provocado la caída de una gran porción de ceniza sobre su pecho—. ¿Por qué se ha detenido Dorren?

Robinson, tras el volante, giró el cuello hacia el interior del furgón.

—No tengo ni idea. Bajaré a ver qué pasa —dijo.

Jenny vio cómo Robinson descendía del vehículo y caminaba hacia el camión.

Volvió unos segundos después, frotándose enérgicamente ambas manos sobre el pecho. De sus labios brotaban vaharadas de vapor.

—Hay una muchacha caída sobre la nieve. Su motocicleta ha debido patinar. La chica está inconsciente y sangra por una brecha de la frente. ¿Qué hacemos? —exclamó.

Eme frunció el ceño.

—¿Una muchacha que viajaba en moto? —gruñó pensativo—.
Está bien, recógela y traedla aquí.

CAPÍTULO XIII

Eme puso la taza de café sobre la mesita sujeta al piso del furgón. Añadió al café un chorro de *brandy* y ofreció la taza a Dely.

—Ustedes, señorita Castro, son todos unos alocados —observó Eme, mirando a la muchacha a través de las oscuras gafas—. Ustedes, los jóvenes, emprenden las más arriesgadas acciones sin la menor reflexión...

Dely se palpó la frente.

—Yo mismo la curé, Dely. Tiene una herida de cuatro centímetros de longitud en la frente, pero no se morirá por eso —comentó Eme.

Dely se estremeció imperceptiblemente.

Al otro lado de la mesita, Jenny la contemplaba con infinito asombro.

—Yo fui un famoso actor, señorita Castro —habló Eme con voz profunda—. Protagonicé numerosas películas que tuvieron gran éxito en todo el mundo. Triunfé plenamente en una carrera a lo largo de la cual me pusieron muchas veces la zancadilla. Pero el éxito no llegó inmediatamente, sino después de largos años de sacrificios, miserias y dolor... Y ustedes, los jóvenes, quieren conseguirlo todo en un momento...

Dely se atrevió a probar un sorbo de café. Pero separó bruscamente los labios del borde de la taza al sentir la boca abrasada.

—Una generación de jóvenes ambiciosos y temerarios consiguió desplazarme en poco tiempo del lugar que yo había ganado a pulso —la voz de Eme sonaba distante y monótona—. No poseían preparación, cultura ni otra meta que la fama y el dinero. Pero tenían juventud, vigor y belleza. Y nos desplazaron a los que verdaderamente amábamos el cine. Nos arrojaron a la oscuridad y al olvido, señorita Castro...

Dely tembló.

«Cuánto rencor vibra en sus palabras», pensó.

El camión que rodaba delante del furgón se detuvo suavemente. El segundo vehículo hizo otro tanto.

A través de la cabina, se divisaba la angosta entrada del desfiladero llamado Snakes Canyon.

Bruscamente, la actitud de Michael Morris cambió.

Miró a Dely inquisitivamente y dijo:

—¿Qué se proponía atravesando en motocicleta estas soledades,

señorita Castro? ¿Acaso pretendía espiarnos?

Dely separó las manos de la taza.

—No... Bueno, la verdad es que me perdí. Descendía de una colina cuando mi moto patinó y caí. Iba... iba de excursión —farfulló la muchacha.

Eme se encolerizó.

—Vamos, vamos, no me tome por un estúpido, señorita Castro —bramó, perdido el control de sí mismo—. Mientras estaba inconsciente, Lola tuvo la idea de echar una ojeada a su bolso. Sé que vive en San Francisco. Pero ni siquiera hubiera hecho falta hurgar en sus documentos: Jenny ha confesado que la conoce.

Dely alzó vivamente la mirada hacia el lugar que ocupaba Jenny. En los ojos azules había un apenado destello de reproche.

—Vine aquí para evitar que este hombre te asesine, Jenny —sollozó—. ¡Pero tú lo has echado todo a perder al irte de la lengua...!

Por primera vez en muchos años, Michael Morris arrojó sus gafas sobre la mesa. Al mirar aquellos ojos verdosos y malignos que la escrutaban con fría mirada analítica, Dely tembló de miedo.

—Muy bien, ya sabemos a qué vino. Siga hablando, por favor —ordenó.

—No puedo creer que... —murmuró Jenny, estupefacta.

—Siempre fuiste una estúpida, Jenny —clamó Dely con voz vibrante—. Sin reparar en ello, te convertiste en cómplice de estos criminales —la muchacha señaló con la mano extendida a Morris y a Lola Ríos.

Jenny se sonrojó.

—Oye, pequeña, no voy a permitirte que...

—¡Déjame hablar! —exigió Dely con increíble energía—. ¿Recuerdas a Paul Martyn, a Pamela Davis...? Reflexiona: tú les deslumbraste con el señuelo de la fama y el dinero fácil. Tú conseguiste atraerlos hasta las garras de este monstruo —miró a Morris desafiante—. Dime una cosa, Jenny: ¿has vuelto a ver a Paul, a Pamela, a los demás muchachos y muchachas que enviaste a Eme?

Jenny miró a Morris insistentemente. Su cara aniñada había perdido definitivamente el color.

—¿Dónde... dónde están? —preguntó Jenny, repentinamente recelosa.

Las lágrimas brotaban ardientes de los azules ojos de Dely Castro.

—¡Él no te lo confesará, por supuesto! —acusó con voz desgarrada—. Morris utilizó a Paul para rodar la escena en que un convoy arrollaba a un muchacho... Y efectivamente, las ruedas de la locomotora destrozaron su joven cuerpo contra los rieles de la vía férrea, según había dispuesto este monstruo. En cuanto a Pamela Davis, ignoro cómo murió, pero imagino que sus restos yacen

sepultados en cualquier remoto lugar...

Eme sonrió.

—Yo le diré cómo murió Pamela Davis, señorita Castro: uno de sus amigos disparó contra ella una granada de bazooka y la partió por la mitad. La señorita Davis fue enterrada en Páramo Negro, México — confesó Eme con toda frialdad.

Jenny quedó aterrada.

—¿Lo oyes? —clamó Dely, temblorosos los labios—. Es un verdadero monstruo. El odio que sentía hacia los jóvenes, hacia todos los jóvenes, debió desequilibrar su mente. Su locura le impulsó a asesinar fría y premeditadamente a unos cuantos muchachos y muchachas inocentes...

Eme tabaleó sobre la mesita con los dedos de su mano izquierda.

—Se le va a enfriar el café, señorita Castro —observó, inmutable—. Y debo asegurarle que mis facultades mentales están perfectamente equilibradas. En cuanto a mi trabajo como director de cine... Bien, he ganado veinte millones de dólares con mis películas, que algún día estarán en las principales filmotecas del mundo, como muestra de un cine distinto, absolutamente original y creativo.

Jenny se puso impulsivamente de pie.

El tono pálido de sus facciones se había trocado en color ceniciento.

—¡Ahora lo entiendo, por fin! —chilló—. ¡La Reina de los Lobos! Si me ofreciste interpretar esa película, fue para... deshacerte de mí. Como Wailah, yo debería ser devorada por los lobos.

Eme pronunció una risita queda.

—No serán lobos, querida, sino perros. Pero tanto da: los perros llevan tres días sin comer. Están hambrientos. En cuanto los soltemos de sus jaulas, ¿imaginas cuál será su reacción, pequeña Jenny? — exclamó con sangrienta ironía.

Dely se inmutó.

—¿Por qué tiene que hacerlo? —se encaró valientemente a Michael Morris—. Admita, sencillamente, que su tiempo pasó. Fue un gran actor, ¿no es cierto? Multitud de grandes intérpretes del teatro y del cine atravesaron etapas de esplendor y lapsos de penumbra. No puedo comprender por qué usted, señor Morris, no quiso asimilar su declinación profesional, su ocaso. Podía haber sido muy feliz en esta vida recordando sus triunfos y pasando revista a su obra. Muchos grandes protagonistas supieron aceptar el lógico olvido del público. ¿Por qué usted no?

Eme no respondió inmediatamente.

Era demasiado profundo el rencor que se había ido incubando en su mente a lo largo de años y años de solitaria frustración.

Lola, que asistía tensamente a la escena real que se desarrollaba

en el interior del furgón, dejó escapar un resuello tremante.

—Vamos, Eme, ¿qué diablos esperamos? —gruñó, descompuesto el rostro en miles de pequeñas arrugas—. Estamos aquí para terminar el rodaje de «Wailah, la Reina de los Lobos». Todos sabemos cuál será la última secuencia, ¿no es cierto? Pues... ¡Acabemos cuanto antes! —rugió.

Se alzó de un brinco de su cómodo asiento y se desplazó para dar crispadas instrucciones a Robinson y a Brooks, que contemplaban la escena desde la cabina del furgón.

Pero Eme, es decir, Michael Morris, no parecía tener mucha prisa.

—¡Espera! —ordenó con voz autoritaria.

Lola se volvió, lívida.

Y luego recorrió, frenéticamente, la distancia que le separaba de Michael Morris.

Como una furia, apresó con sus largos dedos al hombre por los hombros y le zarandéó violentamente.

—¿Qué estás diciendo, Eme? —chilló, descompuestas las arrugadas facciones—. ¿Vamos a perder el tiempo con estas estúpidas niñas? Reflexiona, querido: tú y yo odiamos a los jóvenes. Tenemos que terminar el rodaje. Y cuanto antes. Esta imbécil... —señaló con un ademán histérico a Dely Castro—, esta imbécil puede haber avisado a la policía, ¿comprendes?

Michael Morris alzó sus manos, apresó las muñecas de Lola y con un pequeño esfuerzo separó a la encolerizada mujer lejos de sí.

Luego entornó los ojos y la miró con una expresión nueva.

—Espera, he dicho —repitió, sin que su voz se alterase. Resolló profundamente y dijo—: Empiezo a comprender que mis sentimientos no son los mismos que los tuyos. Ahora... ahora me doy cuenta de que siempre... siempre he sido manejado por ti.

Lola hinchó su opulento pecho de aire, dispuesta a despotricar, pero Eme la hizo callar con un ademán autoritario.

—Por fin empiezo a ver las cosas con claridad —habló con lentitud—. Ahora sé que cometí un tremendo error al convertirme en mi esposa...

—¡Eme, no irás a...! —barbotó Lola.

—No vuelvas a interrumpirme —advirtió Michael Morris—. Tuve compasión de ti. Creí que eras un trasunto de mi propia desgracia. Pero no comprendí entonces que mientras yo había logrado llegar a la cima de mi vida profesional, tú solo eras una actriz fracasada, carente de talento y dominada por el resentimiento. Enseguida comenzaste a verter en mis oídos ideas venenosas. Para ti, los jóvenes eran la causa de nuestros fracasos y de todas nuestras desgracias. Pero creo, ahora, que Dely tiene razón: cada persona puede gozar de momentos de gloria y de períodos de olvido y de oscuridad. Es ley de vida. Y resulta

suicida no comprenderlo así. En el fondo...

Súbitamente, Lola se arrojó a los pies de su esposo.

—Perdóname, Eme. Lo confieso: he sido egoísta —farfulló, hundido el rostro entré las piernas de Michael Morris.

Eme acarició los negros cabellos de la mujer.

—Has sido algo más que egoísta, Lola. La idea de crear una productora cinematográfica fue tuya. Una idea poco desinteresada —precisó Eme—. Sé muy bien que te llevabas a la cama, cuando te apetecía, a los jóvenes que la «EME FILMS COMPANY» contrataba. Y no sólo eso...

—¡Eme, por amor de Dios! —gimió Lola, estremecida.

—Tú no conoces el verdadero amor, como tampoco conoces a Dios —respondió Michael Morris con un trémolo de ira en la voz—. ¡Tú fuiste la que suscitaste la idea de crear el cine «en vivo»! ¡Tú la que me convenciste para que inmolásemos a la primera víctima...!

Lola se derrumbó.

Sollozaba quejumbrosamente, con las crispadas manos aferrando las rodillas de su esposo.

«Vaya», pensó Dely, suspirando. «Parece que las cosas empiezan a arreglarse...»

Durante largo rato, Lola se arrastró a los pies de Michael Morris, balbuciendo palabras de perdón.

Al cabo, Morris dijo:

—No sé si es justo perdonarte, Lola. Pero no puedo negarme a hacerlo. Te perdono.

La mujer besó sus manos emocionadamente. Luego se puso en pie, tomó la botella de coñac y sirvió una dosis generosa a su esposo.

Eme bebió y dejó caer el mentón sobre el abultado pecho.

En aquel momento, Lola se apartó de él y conectó el gran alternador eléctrico instalado en la parte trasera del espacioso furgón.

Morris ni siquiera abrió los párpados al oír el runrún del alternador, que hacía vibrar la estructura metálica del furgón.

Quizá tenía un sentido fatalista de la vida, quizá necesitaba terminar cuanto antes. Quizá...

Súbitamente, Lola avanzó con dos terminales eléctricos en las manos.

Acababa de manipular en la manivela del transformador adosado al alternador. El voltaje que producía el grupo electrógeno podía alcanzar los 2000 voltios.

Pero, además, Lola sabía que el cuerpo de su esposo estaba empapado en sudor.

Como una furia, la mujer saltó sobre Eme y clavó los terminales eléctricos en el rostro de su esposo.

Dely vio salir un brillante chisporroteo azulado.

También asistió al fulminante estremecimiento que agitó el voluminoso cuerpo de Michael Morris.

Luego, Eme quedó inmóvil.

Su cabeza cayó hacia atrás y sus brazos se relajaron y quedaron colgando a ambos lados del asiento.

Acababa de morir.

Electrocutado.

CAPÍTULO XIV

El bimotor «Cessna» de la Brigada Anti-Crimen de San Francisco tomó tierra en la Base Foorks (alrededores de Phoenix, Arizona) a las doce del mediodía.

El oficial de servicio que llegó hasta el avión para recibir a Cameron Brown, parecía un tanto nervioso.

—El helicóptero está preparado, señor Brown —informó al policía cuando ambos caminaban bajo la nieve apresuradamente—. Pero mucho me temo que las condiciones meteorológicas no permitan el despegue inmediatamente.

Cameron masculló algo entre dientes.

—¿Decía...? —preguntó amablemente el oficial de la Base de Foorks.

—Nada, nada... Hace frío, ¿no es cierto? —respondió. Pero ni siquiera prestó atención al comentario del oficial.

En realidad, Cameron Brown acababa de gruñir:

—¡Esa pequeña loca...! —y se refería a Dely Castro, por cuya causa tenía los nervios a flor de piel.

A fin de cuentas... Interceptar y detener a una banda de criminales interesaba decisivamente a la nación. Pero a Cameron le importaba mucho más Dely Castro.

Ahora empezaba a darse cuenta de lo profundamente que aquella jovencita delgada y gentil había calado en su sensibilidad afectiva.

En aquellos momentos, el estado de ánimo de Cameron Brown fluctuaba notoriamente. Iba desde el «Le daría una paliza...», hasta «¡Ojalá pudiera tenerla ahora mismo entre mis brazos...!».

El oficial le guió hasta el despacho del jefe de la Base, Coronel O'Brien.

—Lamento que no pueda emprender ese viaje de exploración, señor Brown —expresó el coronel, después de los saludos—. El pronóstico meteorológico no es muy halagüeño: está nevando en todo el sudeste de Arizona y se espera que los actuales chubascos de nieve se conviertan en un verdadero temporal. Volar en un helicóptero en estas condiciones sería poco menos que suicidarse.

—Bien... —Cameron sacó un mapa del bolsillo de su chaquetón y lo puso sobre la mesa del coronel O'Brien—. La zona que me interesa es ésta —señaló sobre el mapa el pequeño círculo señalado por los guarismos 21 - 11 - 79 (era, precisamente el día de la fecha)—.

¿Habría algún otro medio para llegar allá?

O'Brien sacó un compás de su estuche y midió la distancia de Foorks Base al círculo marcado con rotulador negro.

—La distancia es algo mayor de quinientos kilómetros —dijo—. Ese lugar debe ser Holby Valley, un valle desértico al pie de las montañas. Dígame, Huggins, ¿no teníamos un vehículo sobre orugas, apto para rodar sobre la nieve?

—Así es, coronel —respondió el oficial de servicio—. Es un «Manggoste» de socorro que pesa poco más de 1500 kilogramos y tiene una autonomía de 2000 kilómetros. Lo mantenemos siempre listo, sobre todo en esta época del año.

—Espléndido. Naturalmente, el «Manggoste» no corre a más de cuarenta kilómetros por hora, aunque puede circular con gran seguridad por pendientes inclinadas y terrenos accidentados. Si le conviene, lo repostaremos a tope y añadiremos víveres y equipo de emergencia para sobrevivir en la nieve. ¿Qué le parece?

—Mucho más de lo que podía esperar, señor —respondió el agente Brown, sinceramente agradecido a las atenciones del coronel y el teniente Huggins—. ¿Cuándo puedo partir?

O'Brien sonrió.

—No tan aprisa, amigo mío. Necesitará la ayuda de una o dos personas experimentadas que conozcan el paraje al que se dirige. Huggins, haga venir al sargento Thomas y al cabo Mellins. Mellins es un chicano muy habilidoso y el sargento Thomas lleva sangre chiricahua en sus venas. Estoy seguro de que ambos le serán de gran ayuda, señor Brown.

—Es mucho más de lo que esperaba obtener, señor, dadas las condiciones meteorológicas adversas. Le quedo muy agradecido —expresó Cameron.

Mientras llegaban sus dos acompañantes, Cameron hizo un rápido cálculo mental.

Si el «Manggoste» no podía correr a más de cuarenta kilómetros por hora, ello venía a significar que tardaría más de doce horas en llegar a Holby Canyon.

Quizá llegar a aquel lugar a medianoche sería demasiado tarde para Dely Castro.

Sin embargo, la esperanza renació dentro de él cuando, minutos más tarde, conoció al sargento Thomas y al cabo Mellins.

Los tres hombres subieron a la elevada cabina del «Manggoste» y Brown explicó sus problemas a los dos militares.

—¿Cuarenta por hora? —sonrió el chicano Mellins—. Yo tengo un disolvente que, mezclado con la gasolina, puede aumentar su velocidad de crucero hasta los sesenta por hora, como mínimo.

Thomas, que conducía el vehículo, lo detuvo bruscamente.

Estupefacto, Cameron vio que corría la puerta deslizante de la izquierda, se chupaba un dedo —el pulgar— y lo mantenía en el exterior por unos segundos.

—El viento sopla fuerte del noroeste. Si escogemos la ruta adecuada, el viento nos empujará por detrás y superaremos en ocasiones, los ochenta kilómetros por hora. ¿Qué se apuestan? —exclamó, jovial. Y cerró la puerta de un tirón.

—Todo lo que podamos beber y comer a la vuelta —respondió solemnemente Cameron Brown.

El frío le devolvió la consciencia.

Dely abrió los ojos, se movió torpemente sobre la nieve endurecida por el viento gélido...

La luz del día había decrecido mucho. Pero además, advirtió que se encontraba en el fondo de un angosto desfiladero.

Junto a ella, Jenny Williamson parecía muerta, inmóvil sobre el hielo.

Y recordó bruscamente: los chillidos de Lola, sus órdenes crispadas a Robinson a y Brooks, el forcejeo. Y luego, Lola les había inyectado un sedante. El sueño pesando en los párpados, la inconsciencia finalmente.

Aullidos salvajes acababan de resonar en Snakes Canyon.

—¡Los perros! —gimió Dely, espeluznada. Y se puso en pie y buscó, desorientada, la dirección más conveniente para escapar.

Pero no llegó a separarse de Jenny. Inclínada sobre ella, abofeteaba levemente sus mejillas y pronunciaba palabras de aliento, súplicas desesperadas y urgentes.

—¡Por favor, por favor, Jenny! ¡Vuelve en ti! ¡Tenemos que escapar de...!

¿De dónde? La jauría de perros hambrientos apareció en la curva del desfiladero. Espantada, Dely no se movió. Por el contrario, cubrió con su cuerpo el de Jenny y se encogió sobre sí misma.

No quería contemplar las fauces babeantes de las fieras, no tenía valor para ello.

Pero los colmillos no llegaren a clavarse en sus carnes. De las alturas cayó un montón de nieve blanda y simultáneamente se escuchó el tableteo fragoroso de varias armas automáticas, cuyo eco repetían fantásticamente los altos muros de Snakes Canyon.

Aunque mantenía los ojos fuertemente cerrados. Dely pudo escuchar los gruñidos agónicos de los perros. Y finalmente, pasados unos minutos, se atrevió a mirar.

Y vio, allá en lo alto, a Cameron Brown, que empuñaba una metralleta de cañón humeante. Y le oyó exclamar, entre rabioso y emocionado:

—¡Animo, pequeña loca! Ahora mismo estamos ahí, abajo.

Cuando, quince minutos más tarde, el «Manggoste» avanzó por el cañón. Jenny comenzaba a dar señales de vida.

Cameron Brown saltó del vehículo y corrió hacia las dos muchachas. Y se sorprendió de la fuerza que tenían los brazos de Dely, que le ceñían tan apretadamente como si la vida le fuera en aquel abrazo.

Los cálidos labios del hombre calentaron los yertos y rígidos de Dely Castro. Cam hubo de apartarla de sí con un esfuerzo tremendo.

—Espera. Vamos a subir a Jenny al «Manggoste». Los hombres que me acompañan han detenido a Dorren, Robinson y Brooks. Sin embargo Lola Ríos ha desaparecido.

El ambiente era cálido dentro del «Manggoste», que retrocedió en cuanto las dos mujeres estuvieron a bordo, marcha atrás sobre el fondo del desfiladero.

El sargento Thomas se hizo cargo del furgón y el cabo Mellins condujo el camión de las jaulas. La caravana se puso en camino hacia Downville, a ciento ochenta kilómetros.

Exhausta, pero relajada y feliz, Dely se sentía adormecer detrás de Cameron.

—Supongo, que para ti, sigo siendo una temeraria, una atolondrada, una loca —susurró ella al oído del hombre.

Cameron dejó escapar una alegre carcajada. Y se volvió hacia Dely.

—Por supuesto, cariño —bromeó—. Una deliciosa y entrañable «pequeña loca».

A la mañana siguiente, una partida de exploradores del ejército encontró el cadáver de Lola Ríos, al pie de un ventisquero próximo a Norfolk Gorge.

El rostro de la mujer y gran parte de su cuerpo habían sido devorados por los lobos.

FIN

Las mejores novelas de

MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO

¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!



Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**

NOTAS

[1] Dinero abundante. < <

[2] Para siempre. < <

[3] Neurosis, perturbación psicológica o de los nervios. < <

[4] Joyas. < <

[5] Compañeros, camaradas. < <

Table of Contents

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Notas